BOLSILIBROS BRUGUERA
la conquista del ESPACIO

SURGIERON DE LAS PROFUNDIDADES

A. Thorkent

CIENCIA FICCION



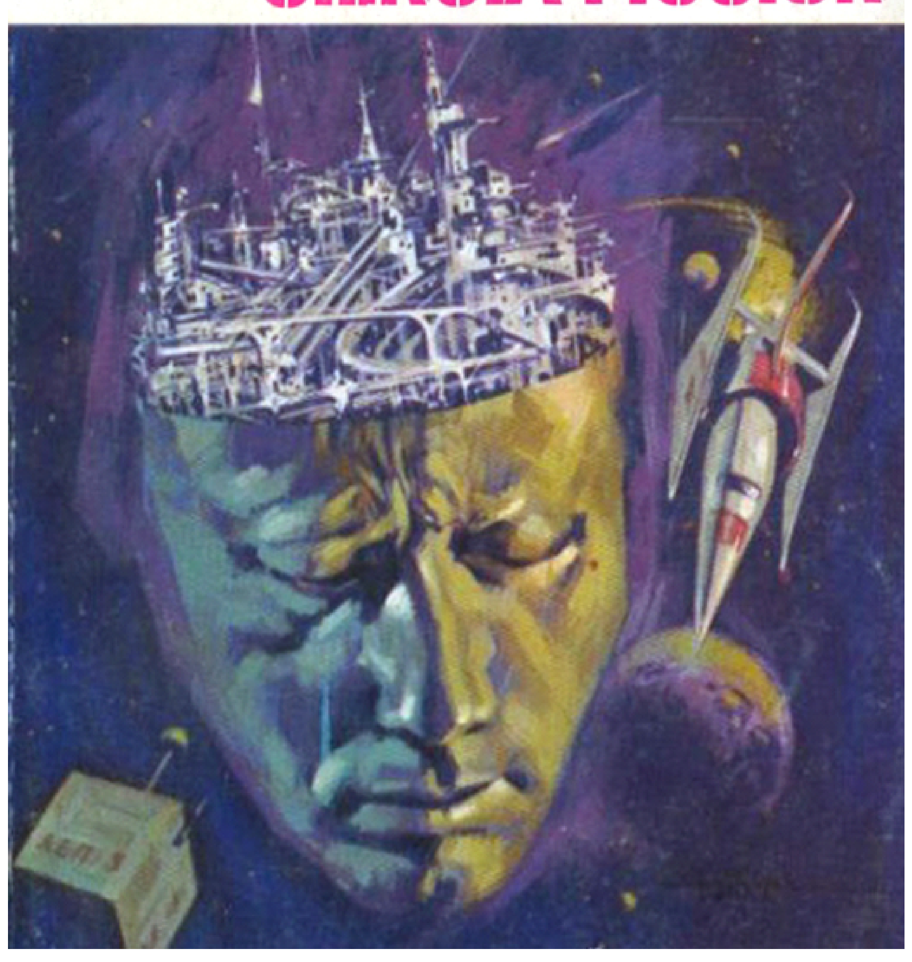
BOLSILIBROS BRUGUERA

la conquista del ESPACIO

SURGIERON DE LAS PROFUNDIDADES

A. Thorkent

CIENCIA FICCION




LA CONQUISTA
DEL ESPACIO

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS

EN ESTA COLECCIÓN

352 — Mundo aislado - *A. Thorkent*.

353 — Preludio para el Apocalipsis - *Kelltom Mclntire*.

354 — Poder absoluto - *Glenn Parrish*.

355 — Nido de monstruos - *Kelltom Mclntire*.

356 — El enigma de Airón - *Alf Regaldie*.

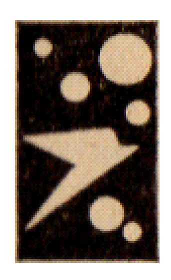
A. THORKENT

SURGIERON DE LAS PROFUNDIDADES

Colección

LA CONQUISTA DEL ESPACIO n.º 357

Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA – BOGOTÁ – BUENOS AIRES – CARACAS – MÉXICO

ISBN 84-02-02525-0

Depósito legal: B. 16.784 - 1977

Impreso en España - *Printed in Spain.*

1ª edición: junio, 1977

Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**

Parets del Vallès (N-152, Km 21,650) Barcelona – 1977

.

CAPÍTULO PRIMERO

Henry Grenier frenó, desconectó el motor del jeep y resopló.

Se pasó el dorso de la mano por la sudorosa frente, luego sacó un húmedo pañuelo e intentó vanamente secarse el sudor del cuello. Tenía la camisa totalmente desabrochada, mostrando un torso brillante, velludo y desarrollado.

Se caló el gorro para que la amplia visera le protegiese los ojos de los implacables rayos solares.

Mascullando, lanzando maldiciones contra Andrés, empezó a sacar los bultos del vehículo.

Los fue trasladando hasta el campamento, dejándolos caer con desgana sobre el polvoriento suelo. Regresó al *jeep* por el resto de las provisiones sin dejar de maldecir mentalmente al mexicano.

Se detuvo cuando escuchó un estampido procedente del norte. Hizo una mueca. Andrés seguía cazando bajo aquel infernal calor. La noche anterior le había prometido algo de caza y al parecer, estaba dispuesto a cumplir con su palabra.

El día anterior, cuando las primeras sombras de la noche empezaron a refrescar, Henry se puso al volante del *jeep* y dijo que pasaría la noche en el pueblo, después de comprar las provisiones. Mientras se ponía una camisa limpia —la misma que ahora llevaba empapada de sudor— vio de soslayo cómo Andrés sonreía con sus grandes y blancos dientes, comiendo del plato de judías.

Al arrancar el coche, Andrés le gritó una despedida y añadió algo en castellano que Henry apenas entendió, pero que luego, en pleno

camino hacia el pueblo, comprendió su significado.

Una hora después llegó a aquel montón de casuchas.

Tuvo suerte porque la única tienda estaba abierta. Allí adquirió casi todo lo que llevaba apuntado en la lista, permitió que el *sheriff* le invitase a una copa y luego, volviendo a montar en el *jeep*, se dirigió a una pequeña casita situada en las afueras de Mesitas.

Como todas las noches sabatinas, Manolita estaba sola. Sus hermanos habían ido a divertirse a Salt Lake aquella mañana y no regresarían hasta el día siguiente bien entrada la noche.

Por un momento Henry dejó de lanzar imprecaciones contra Andrés por hallarse cazando en aquel momento en que debía estar allí ayudándole. Sonrió ante el recuerdo de Manolita, sus caricias y besos. Había sido una magnífica noche. Y también un agradable despertar. Ella le preparó café negro y tortas, que engulleron todo entre risas. Volvieron a hacer el amor. Mientras Henry fumaba un cigarrillo, Manolita contó diversas anécdotas de sus hermanos.

— Si se enterasen que tú vienes a verme te matarían —dijo ella entre risas.

Henry había torcido el gesto y siguió fumando. Sospechaba que el *sheriff* sabía que él no regresaba al campamento en el desierto cuando bajaba al pueblo en busca de provisiones. Pero el *sheriff* Hans Riks parecía buena persona, poco dado a los cotilleos y no temía ninguna imprudencia por su parte.

Manolita era una chica muy guapa, una belleza mexicana, apasionada. Estaba haciéndole llevar de forma más agradable la dura estancia en el desierto. Al menos una vez a la semana se olvidaba del trabajo, de las impertinencias de Andrés y del calor sofocante; de las víboras y escorpiones; de los desengaños y desilusiones que tenía que superar cada vez que iba tachando en su mapa los lugares ya inspeccionados y que suponían otros tantos fracasos.

Henry se había preguntado muchas veces cómo iba a reaccionar ella el día en que la anunciara la marcha. Eso tenía que suceder ya pronto. Llevaba en Mesitas dos meses y se había propuesto no quedarse allí nada más que otras dos semanas. Triunfante o fracasado tenía que regresar a Nueva York.

De todas formas él estaba seguro que Manolita nunca contaría nada a sus tres peligrosos hermanos, que tenían fama de camorristas en la

región.

Aquella mañana se había retrasado demasiado. Siempre solía regresar al campamento muy temprano, antes que los rayos del sol cayesen sobre él perpendicularmente.

Era más de mediodía y no recordaba ningún día de calor como aquél. Por un momento entró en la tienda de lona y echó un vistazo al termómetro. Los cuarenta grados a la sombra le hicieron fruncir el ceño y sentir más calor.

Tomó la cantimplora y bebió un largo trago. Escuchó otro disparo y se preguntó cuándo regresaría Andrés.

El mexicano debía saber que aquel día le tocaba cocinar. Era algo que Henry no tenía intención de hacer por Andrés, aunque le preparase una de sus picantes recetas mexicanas.

Se sentó bajo la sombra que le proporcionaba la entrada de la tienda y encendió un cigarrillo, mirando hacia la dirección por donde llegaban los estampidos.

El suelo árido parecía brillar bajo el sol, arder ante su contacto.

Miró el reloj. Era la una y media. A pesar del clima, Henry empezó a sentir hambre. Aquel día Andrés iba a recibir una buena bronca. Con su pasión por la caza se olvidaba del trabajo.

Aunque el domingo solían descansar, Henry lo dedicaba a planificar el trabajo de la siguiente semana. Andrés nunca manifestaba su deseo de abandonar el campamento. Siempre estaba diciendo que cuando terminase con aquel trabajo tomaría todo el dinero que ganase y se lo gastaría a lo grande en Los Ángeles. Añadía, el mexicano, que él sabía esperar.

Henry arrojó el resto del cigarrillo y se incorporó.

Se bajó la visera y aguzó la mirada hacia la hondonada. A lo lejos había creído ver una figura que corría en dirección al campamento. Y parecía ser Andrés.

La figura desapareció unos instantes detrás de unas rocas. Cuando volvió a surgir, Henry ya no tuvo la menor duda que se trataba de Andrés Díaz.

Cuando lo tuvo a unos cien metros, viéndole saltar entre las peñas,

con su camisa amplia al viento y llevando el «Winchester» cogido de la mano derecha, Henry comprendió que la caza no había sido afortunada aquel día para el muchacho.

Henry anduvo unos pasos para situarse totalmente de espaldas al sol. Entonces vio bien que Andrés parecía haber visto al mismísimo demonio detrás de algún risco.

— ¿Qué te pasa? —inquirió Henry cuando tuvo al mexicano a una docena de pasos, terminando de avanzar hacia él con evidentes signos de agotamiento.

Andrés dejó caer el rifle y se sentó en el suelo. Henry nunca había visto tan pálido aquel rostro moreno. Ni siquiera cuando descubrieron a unos centímetros de ellos, una mañana, una serpiente de cascabel.

Andrés respiraba por la boca y muy despacio levantó el brazo para indicar, más o menos, la dirección por la que había llegado corriendo.

— ¿Qué has visto?

El mexicano temblaba ligeramente, sin poder articular palabra alguna. Henry se encogió de hombros y fue en busca de la cantimplora, que tendió a Andrés.

Después de beber un largo trago, derramando por su pecho una buena cantidad de líquido, Andrés se acuclilló, mirando sin cesar hacia el norte.

— ¿Te has tranquilizado? —preguntó Henry ofreciéndole un cigarrillo, que el muchacho tomó con temblorosa mano.

Henry sintió ganas de reír cuando le aproximó el encendedor y vio que el cigarrillo que sostenía Andrés entre sus labios se movía ostensiblemente.

— Ahora cuéntame lo que te ha pasado.

Henry había tomado el rifle. Lo notó como recién disparado.

— Ha sido horrible, señor —dijo Andrés en castellano. Luego, en su inglés rudimentario, añadió —: Lo vi de improviso. Creo que me hubiera matado si no llego a dispararle. No, no le di y corrí. Pero minutos después, mientras regresaba, volví a verlo y disparé. Esta vez sí me parece que le di y lo maté.

Henry frunció el ceño.

— ¿Qué viste y qué has matado? — preguntó temiendo alguna desgracia.

—Era un oso.

* * *

Habían comido en silencio. Andrés no volvió a pronunciar palabra desde que Henry se riera en su cara, y éste temió que se había sobrepasado un poco. Andrés estaba ofendido.

Después de recoger los platos, y mientras Andrés los fregaba bajo la sombra protectora del toldo de la tienda, Henry lo estuvo mirando largamente.

— Vamos — dijo tomando su rifle.

— ¿Qué? —inquirió Andrés volviendo la cara.

— Quiero inspeccionar el terreno donde estuviste cazando.

— Usted no me cree —le reprochó Andrés.

— Hombre, Andrés, debes comprenderlo. Un oso aquí...

— O se parecía a un oso.

— Bueno, de todas formas quiero ver el lugar donde disparaste.

— Vaya usted.

Henry observó al mexicano, muy digno, terminar de recoger los platos y guardarlos en la cesta de mimbre.

— Está bien. Te pido perdón. Quiero que me acompañes. Toma tu rifle, hombre.

A regañadientes, Andrés se caló su sombrero de paja, cogió el «Winchester» y siguió a Henry hasta el *jeep*.

Luego le fue indicando el camino con gestos.

— Todavía no hemos inspeccionado ese sitio, muchacho —dijo Henry contemporizador.

— Hoy nos tocaba descanso — respondió secamente Andrés.

— Cuando volvamos replantearé el trabajo para la semana. Luego nos tomaremos un whisky y te detallaré unos sitios estupendos para pasarlo bien en Los Ángeles. Yo he estado allí muchas veces, ¿sabes?

Andrés sonrió ligeramente y Henry aprovechó para explicarle algunas diversiones que recordaba de la ciudad.

Minutos después, Andrés dijo a su compañero que se detuviese.

— No estoy muy seguro, pero creo que disparé la primera vez al otro lado de esos riscos.

Henry metió el freno. Estaban en una pronunciada pendiente y momentos antes había estado temiendo que no podrían seguir por allí. Las montañas estaban próximas y ni el *jeep* hubiera podido continuar por muchos metros.

— Me parece que tenía fijada esta zona, precisamente, para recorrerla esta semana —dijo Henry.

— Algún día me gustaría saber lo que usted está buscando por este maldito desierto con tanto ahínco —gruñó Andrés saltando del coche.

Henry sonrió y bajó la mirada. Lo que allí le había llevado era algo que muy pocas personas conocían. Y, por supuesto, nadie en Mesitas estaba al tanto. El *sheriff* Riks se había mostrado muy curioso las primeras semanas y quiso sonsacarle en más de una ocasión, pero siempre él le respondió con evasivas.

Andrés siguió al hombre que le había contratado, con el rifle al hombro. En realidad a él no le importaba demasiado lo que aquel gringo buscara en medio del terroso paraje, soportando el infernal sol de día y las frías noches, recorriendo miles de metros cuadrados, cargados con sus extraños aparatos, para volver al campamento extenuados los dos.

Algunas veces Henry volvía los domingos por la mañana de Mesitas con algunas cartas, que leía detenidamente. Las guardaba y no comentaba nada de su contenido con Andrés.

A Andrés le bastaba saber que ganaba cien dólares a la semana. Allí

no tenía gasto alguno y había calculado que cuando el gringo regresase a Nueva York él dispondría de unos mil quinientos dólares.

Ojalá Henry encontrase lo que estaba buscando, pues un día le dijo que le regalaría mil dólares si tenía éxito.

Por supuesto que no era ningún tesoro ni una mina de alguna clase lo que el señor Grenier buscaba con tanto denuedo. Andrés tenía la remota sospecha que algo tenía relación con las grutas que existían en la zona.

Cada vez que topaban con alguna la exploraban detenidamente. Andrés sabía que había personas aficionadas a la espeleología, pero Henry nunca había admitido ser un apasionado de esta ciencia.

Andrés se encogió de hombros y siguió caminando al lado de Henry. De súbito se estremeció. Por un momento había olvidado la experiencia padecida hacía pocas horas.

Habían llegado al lugar que él reconoció. Se detuvo y dijo:

— Allí vi al bicho moverse, señor —dijo señalando al fondo de un barranco—. Yo estaba más abajo. Cuando se volvió disparé y fallé. O al menos pienso que fallé porque me siguió.

— ¿Qué color tenía?

— Oscuro. No sé si gris o marrón.

Henry asintió y comenzó a bajar la escarpada pendiente. Escuchó rodar las piedras que las botas de Andrés golpeaban. Cuando llegaron al fondo, el mexicano empezó a buscar entre las rocas. Alzó la mano reclamando la presencia de Henry y éste acudió, mirando el lugar que Andrés apuntaba con su índice.

— Aquí dio mi bala, señor. Ya me parecía a mí que no acerté.

— ¿Por dónde huiste?

Andrés se volvió y señaló una especie de salida lateral de aquella hondonada.

— Di un gran rodeo —explicó Andrés—. Estaba tan nervioso que me temo que corrí perdido mucho tiempo.

— Lo que fuera debió correr mucho. El siguiente y último disparo lo escuché casi una hora más tarde. —Henry movió la cabeza—. No sé.

No estoy seguro...

— Yo tampoco — rió Andrés nerviosamente.

—¿No podía ser otro animal?—preguntó Henry, no atreviéndose a llamarlo oso.

— Me pareció el mismo.

El paraje era desolador. Salieron a una pequeña explanada, de rocosa superficie y a ambos lados se elevaban unas murallas graníticas de unos diez o doce metros de altura. La mirada de Henry se posó en una serie de oquedades situadas unos metros más adelante, y a una altura de cinco del suelo.

— Mañana entraremos en esas cuevas, Andrés —dijo, reprochándose no haber traído el equipo adecuado para hacerlo en aquel momento.

Andrés parecía tener prisa por salir de allí. Caminaba unos metros, más adelante de Henry. Estaba a punto de dar la vuelta a la esquina de la muralla pétrea.

Henry caminaba despacio, volviendo la cara para grabar en su mente la situación de las entradas a lo que podían ser cavernas. Cuando volvieran al jeep señalaría aquel punto en el mapa.

Entonces escuchó el grito de Andrés y a continuación el disparo.

Bajó la palanca del rifle, introduciendo un cartucho en la recámara. Echó a correr, saltando sobre las rocas.

Al doblar el recodo se detuvo sobrecogido. Apenas vio a Andrés caer de espaldas, soltando el rifle. Su atención se concentró en aquella masa oscura que avanzaba hacia él. Se echó el rifle a la cara y su nervioso dedo apretó el gatillo.

Entonces la masa se dividió en dos primero, luego en tres y fueron cercando a Henry.

CAPÍTULO II

Empujó la puerta y respiró aliviado. Hans Riks se dirigió al mostrador y tomó asiento en el taburete.

— Hola, *sheriff* —dijo Spencer abriendo una botella de cerveza y colocándola delante de Riks. Sabía perfectamente lo que aquel mocetón tomaba a aquella hora del día.

Riks asintió con la cabeza y llenó el vaso. Entornó los ojos mientras el refrescante líquido pasaba por su reseca garganta. Chasqueó la lengua y exhaló un suspiro.

— Debería instalar aquí su oficina, Riks —rió Spencer—. Se pasa casi todo el día sentado ahí.

— Cuando consiga que me instalen el aire acondicionado dejarás de verme tanto; perderás un cliente.

— Dudo que el comisario termine asignándole el presupuesto. Mientras tanto ya sabes que puedes quedarte aquí todo el tiempo que desees. ¿Qué tal el viaje a Salk Lake?

Riks se encogió de hombros.

— Todavía no hay nada, Spencer. Tengo que seguir esperando.

— Está deseando dejar este poblado, ¿verdad?

Riks hizo una mueca de amargura. Había aceptado aquel empleo como algo temporal. Sin embargo, ya llevaba soportando la placa más de dos años. Sus peticiones de traslado a la policía de Salk Lake no prosperaban. En esta ocasión le prometieron que antes de dos meses tendrían noticias. Regresó a Mesitas decidido a renunciar si, pasado este tiempo, no recibía la autorización definitiva.

Hizo girar el taburete y se distrajo contemplando a las personas que trasteaban entre los productos que Spencer tenía dispuestos a la derecha del establecimiento, una especie de supermercado, en donde se podía comprar desde mantequilla hasta un impermeable, que poco podía servir en una zona donde sobraban los dedos de las manos para contar los días que llovía durante un año.

Vio salir a Manolita Ortega, cargada con una caja de cartón llena de latas y saquitos de harina.

Arrugó el ceño, acordándose de aquel tipo raro que vivía en el desierto. Spencer pasó por su lado para atender a otros clientes.

Estuvo tentado de preguntarle por el señor Grenier, pero el dueño del local se quedó en el otro extremo del mostrador charlando.

Dejó unas monedas sobre el mostrador y salió, a su pesar, a la calle. Soportó la bofetada de calor y anduvo por la acera, buscando la protección de los salientes para defenderse del sofocante sol.

Su oficina estaba unas casas más abajo, en la misma y única calle donde Spencer tenía su negocio. Mulled, el cartero, habría dejado la correspondencia. Confiaba en recibir aquel día las revistas que le enviaban desde San Francisco. Al menos leería algo después de almorzar, tumbado en la cama de la siempre vacía celda, era el lugar más fresco de la oficina.

Riks suspiró al empujar la puerta. Aquel día, pensó, no sería diferente a los demás. Cuando llegase la tarde se reuniría con Spencer y los otros tres amigos en el acogedor ambiente de la trastienda y jugarían la partida de póquer, vaciando algunas decenas de botellas de fría cerveza. Luego, la película de la noche en la televisión y a dormir. Así estaba dispuesto a dejar transcurrir sesenta días, hasta que desde Salk Lake se acordasen de él. Si transcurrido este tiempo no recibía la notificación de admisión, haría las maletas y marcharía a la costa, decidido a olvidarse de sus intenciones de convertirse en policía.

Todavía no había cerrado la puerta detrás de sí cuando una voz surgió del fondo del despacho.

— Buenos días, sheriff.

Riks se volvió y vio a una chica, muy guapa, alta y delgada, que se levantaba de su misma silla detrás de la mesa. Vestía una camisa anudada a la cintura y pantalones vaqueros ajustados.

— ¿Quién es usted? —preguntó Riks quitándose el sombrero. Lo arrojó, como siempre en dirección a la percha. Pero en aquella maldita ocasión falló y cayó al suelo.

Se acercó estudiando a la muchacha, admirando su belleza rubia.

— Me llamo Betty Grenier. Llegué ayer a Mesitas, por la mañana —dijo tendiéndole la mano.

Riks se la estrechó, notándola cálida y suave.

— Me suena su apellido —sonrió.

— Ojalá sea algo más, sheriff. Ayer estuve aquí buscándole, por la tarde. Alguien me dijo que no volvería hasta cerca de la medianoche. Entonces decidí descansar en el hotel y verle a primera hora de hoy.

— Pues es mediodía. ¿Se quedó dormida?

— No. Quise volver al campamento antes.

Riks se golpeó la frente, como recordando.

— Es cierto. Ese tipo del desierto se llama Henry Grenier.

— Es mi hermano.

— ¿Qué le ocurre?

Betty hizo un mohín de disgusto.

— Es deplorable que nadie en este inmundo pueblo se haya dado cuenta de lo que pasa.

Riks se sentó en la otra silla e indicó la que Betty había estado ocupando para que hiciera lo mismo.

— Hace dos semanas que no hemos recibido noticias suyas. Anteayer salí de Nueva York porque en su último cable me prometió que me enviaría otro al día siguiente informándome de la fecha de regreso.

— Bueno, el señor Grenier siempre bajaba al pueblo una vez a la semana, generalmente los sábados. Aunque algunas veces venía aquí dos días. Ahora que lo dice caigo en la cuenta que el último sábado, antes de marchar yo a Salk Lake, no le vi en la tienda de Spencer. Algunas veces tomábamos unas cervezas juntos...

— ¿Y usted se marchó a la ciudad sin investigar? —preguntó Betty enfadada.

— ¿Por qué no iba a hacerlo? No era extraño...

— Riks calló, la miró y arrugó el ceño —. Bueno, ¿es que va a decir me que no ha visto a su hermano?

— Así es. Ayer estuve en el campamento. Los empleados de la gasolinera me alquilaron un coche y me indicaron el camino. Mi hermano, y el ayudante indio que le ayudaba no estaban por ninguna parte.

— Creo que recorría grandes extensiones buscando no sé qué. Tal vez estuviera lejos del campamento…

— No, nada de eso. Además, el campamento muestra indicios de no ser utilizado desde hace muchos días. Mire, *sheriff*, esta mañana volví allí antes de intentar verle. Quise asegurarme que, efectivamente, no habían vuelto por la noche. En la gasolinera me aseguraron que allí también alquiló Henry un *jeep*. Pues bien, no lo vi.

— Y usted piensa que han podido sufrir un accidente, ¿no?

— Desde luego. Quiero que me ayude a encontrarlo. Riks se rascó parsimoniosamente el lóbulo de la oreja derecha.

— Vamos a tener que solicitar ayuda a Salk Lake. Y eso va a tardar mucho tiempo, señorita Grenier.

— ¿Es que no dispone de medios aquí?

— Escasos. No tengo ni ayudante. Claro que cuando comunique a mis superiores en Salk Lake lo que ocurre me solicitarán más detalles. Apenas les diga que su hermano es un investigador de algo que todavía no sé, me pondrán reparos. Es posible que dentro de dos o tres días vuelva al campamento, que haya pernoctado lejos de él porque haya encontrado algo interesante.

— Lo dudo. ¿Qué hay de ese indio que acompañaba a Henry?

— Andrés Díaz no es un indio, sino un mexicano —dijo Riks molesto —. ¿Qué está pensando?

— Henry pudo haber sido asaltado por ese… mexicano.

— Conozco a Andrés desde que llegué a Mesitas y no lo creo capaz. Mire, si lo desea podemos recorrer un poco los alrededores del campamento. Conozco a alguien que podrá buscar huellas. Será más eficaz que un pelotón de rastreo.

— ¿Cuándo?

— Mañana.

— ¿Por qué no hoy?

— Saldremos de madrugada para aprovechar el máximo de horas con luz solar. Si quiere puedo ir a buscarla a las cinco al parador.

— Está bien. Yo le acompañaré si no le importa.

— Oh, claro que no. Es la hora de almorzar. ¿Le importa acompañarme?

Betty sonrió.

— De acuerdo —asintió—. Ayer apenas probé bocado y estoy hambrienta. ¿Hay algún sitio decente en este lugar?

— Spencer tiene un restaurante detrás de su tienda, y también tiene aire acondicionado.

Se levantó, recogió el sombrero del suelo y se apresuró a abrirle la puerta. Antes de cerrarla, Riks echó un vistazo al espacio de la mesa donde Muller solía dejarle la correspondencia. Aquel día sólo había impresos de propaganda y los olvidó.

* * *

Al doblar la esquina, Riks casi se dio de bruces con Manolita.

— Hola, precio... —calló súbitamente al notar el moretón que la chica lucía en la mejilla izquierda—. ¿Qué demonios te ha pasado?

— Señor Riks, quiero hablarle —dijo la muchacha, volviendo la cara para no mostrar la huella del golpe.

— Bueno, pero antes dime quién te ha golpeado —gruñó y añadió—: Ya entiendo. Ha sido alguno de tus hermanos. Julio, me temo.

Por supuesto que él conocía las relaciones que Manolita sostenía con Henry Grenier y era fácil adivinar que, al final, sus bruscos hermanos habían terminado de adivinar.

— No tiene importancia, señor Grenier —dijo Manolita—. Quería verle. Incluso esta mañana estuve tentada de hablarle en la tienda de Spencer. Pero tenía prisa por volver a casa y prepararles la comida a mis hermanos.

— Y entonces te golpearon. Ya. ¿Qué les dijiste tú? La muchacha parecía más nerviosa a cada momento.

Eludiendo la pregunta de Hans, dijo:

— El señor Grenier no vino a verme la semana pasada. Desde hace dos no le veo —se ruborizó y Riks sintió compasión por ella.

Era muy bonita y joven aún. Pero aquel duro clima y los pesados trabajos a que sus hermanos la sometían no tardarían en ajarla.

— Vamos a mi oficina y me lo cuentas.

Manolita asintió agradecida. Había estado mirando a uno y otro lado de la calle, como si en cualquier momento estuviera temiendo ver aparecer por allí a alguno de sus hermanos.

En la oficina, Hans conectó los ventiladores y ofreció un refresco a la muchacha. Manolita aceptó un zumo de naranja y él se abrió una lata de cerveza.

— Vamos, cuéntamelo todo ahora.

— He estado muy nerviosa estos días. Hoy no me pude contener y pregunté a mis hermanos si ellos habían hablado con el señor Grenier, si le habían amenazado para no se acercara a casa. Entonces, por la expresión de Julio y los otros me di cuenta que había cometido un error. Ellos no sabían nada. Julio me pegó y me juró que me mataría si se enteraban que volvía a mencionar al gringo. Pero Mario y Joaquín insistieron en saber si, tal como algunos amigos suyos le habían insinuado, yo me entendía con Henry. Como estaban dispuestos a seguir golpeándome me escapé.

»No me siguieron; estoy segura. Se quedaron discutiendo entre si, pero me temo que en cualquier momento aparecerán por aquí.

— Precisamente iba a acercarme esta tarde a hablar con tus hermanos porque quiero contratar a Julio. Necesito que él me ayude a buscar a Henry Grenier.

— Algo le ha pasado, *sheriff* — sollozó Manolita—. Estoy segura.

— ¿Tú temes que hayan sido tus hermanos?

Ella agitó la cabeza, moviendo el negrísimo cabello.

— No. Ellos no sabían que Henry me veía todas las semanas.

— Es posible que hayan estado disimulando.

La chica no respondió. Riks se volvió hacia la entrada y vio en el dintel a Betty. La hermana de Henry había estado escuchando y el *sheriff* empezó a irritarse.

— Debe detener a esos hombres, sheriff —dijo Betty avanzando unos pasos hacia la mexicana.

—¿Por qué?

— Es fácil adivinar lo que ha ocurrido —Betty hablaba duramente, sin dejar de mirar con odio a Manolita—. Mi hermano mantenía relaciones con esta india y sus hermanos lo descubrieron. Esta gente actúa siempre violentamente. Ellos han matado a Henry.

— Tenga cuidado con sus palabras, señorita Grenier — masculló Hans —. Aún es pronto para acusar.

— ¿Es que defiende a estos indios? — se revolvió ella furiosamente.

— Soy su *sheriff*. Los Ortega son violentos, pero nunca se metieron en problemas. Además, Manolita asegura que ella, nerviosa por la ausencia de Henry, preguntó a sus hermanos si ellos lo habían asustado para alejarlo. Sólo temía que sus hermanos hubieran amenazado a Henry. Nada más. Y los Ortega reaccionaron pegándola, como si sus palabras hubieran confirmado los rumores que escuchaban por ahí.

— Usted ha dicho que podían estar disimulando, *sheriff*. Lo escuché — miró a Manolita y movió la cabeza—. No me explico cómo mi hermano ha podido con esta...

Manolita rompió a llorar y salió corriendo de la oficina. Riks reprochó a Betty con la mirada sus palabras.

— La ha ofendido. Y necesitaremos de ella para conocer muchas cosas de su hermano, señorita Grenier.

— Estoy perdiendo el tiempo aquí. Pondré al corriente lo que está pasando aquí en Salk Lake City.

— Haga lo que quiera. De todas formas yo investigaré mañana por mi cuenta.

— ¿Con la ayuda de los Ortega?

— ¿Por qué no? Son los que mejor conocen el terreno, aparte de

Andrés Díaz. Ojalá accedan a colaborar.

Riks miró hacia la calle. Por el otro lado de la calle que había tomado Manolita para huir llegaba Mario Ortega. Caminaba cansinamente junto a la hilera de coches aparcados junto a la acera, bajo la implacable caída de rayos solares.

Mario Ortega se detuvo un instante al otro lado de la puerta. Era alto y muy moreno, luciendo un enorme bigote sobre sus gruesos y oscuros labios.

— Pasa, Mario —le invitó Riks.

— Hola, sheriff. He visto salir corriendo a Manolita. ¿Qué le ha dicho?

— Ya hablaré más tarde contigo respecto al golpe que luce en su bonita cara. Ahora quiero saber si tienes algún inconveniente en ir conmigo mañana al desierto, al campamento del señor Grenier.

Marió miró fijamente al *sheriff* con sus profundos ojos negros. Luego observó a la muchacha.

— ¿Para qué?

— Tú y tus hermanos conocéis muy bien aquel terreno. Y Henry Grenier ha desaparecido. Ha venido su hermana para presentar una denuncia. Claro que puedes negarte si lo deseas, pero una aptitud así aumentaría las sospechas que existen sobre tu familia.

El mexicano quedose en silencio unos instantes. Terminó asintiendo y dijo antes de volver a cruzar la puerta:

— Le espero en mi casa, *sheriff*. Nos coge de paso hacia el campamento. Iremos todos los Ortega.

— Gracias —respondió Hans.

CAPÍTULO III

Los Ortega disponían de un antiguo, pero aún eficaz vehículo todo terreno y siguieron al coche de Hans Riks cuando éste llegó junto a su

granja.

— Han sido puntuales —dijo poco entusiasmada Betty volviéndose un poco para ver el coche de los Ortega.

— ¿Acaso hubiera preferido que no se presentaran, señorita? — inquirió Hans de malhumor.

Betty no contestó y Hans añadió:

— Así hubiera podido acusarles de haber dado muerte a su hermano, ¿no? Creo que antes de sospechar de alguien debemos encontrar a Henry Grenier… —Hans calló porque iba a agregar que vivo o muerto.

Pero Betty esbozó una amarga sonrisa, dando a entender que había comprendido el significado de su interrupción.

— No soy una chica histérica, sheriff. No voy a gritar si encontramos el cadáver de mi hermano.

— Lo siento. No quiero ser brusco con usted. Resulta que no me gusta que nadie vaya acusando por ahí a las personas del pueblo.

— Anoche quise preguntar a varias personas acerca de mi hermano. Al encargado de la gasolinera, en el motel, en casa de Spencer… Todo fue inútil. Nadie quería hablar del asunto. Parecía como si todos estuvieran de acuerdo en no hacerlo.

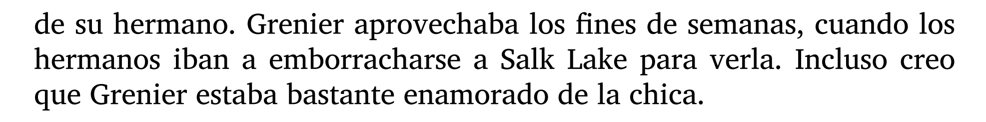
Hans sorprendió a Betty soltando una carcajada.

— ¿Qué le hace gracia? — preguntó Betty muy colorada.

— Creo comprenderla, señorita. Usted llega a un pueblo perdido en medio del desierto. Viene en busca de su hermano y… — sonrió otra vez —. Ha visto muchos telefilmes con situaciones parecidas a ésta. Se imagina que entre todos los habitantes, incluido el *sheriff*, ocultamos al asesino. ¿Por que su hermano ha descubierto algo en el pueblo que intentamos mantener oculto?

— No le veo la gracia por ninguna parte.

— Pues yo sí. Desde que Spencer Tracy interpretó aquella película, el tema se ha repetido mucho, ¿no le parece? Pero no tema. Soy, el primer interesado en que todo se resuelva. Si la gente de Mesitas no quiere tocar el tema es precisamente por esos tres gorilas que nos siguen. Ellos son los únicos que ignoraban que Manolita era la amante



de su hermano. Grenier aprovechaba los fines de semanas, cuando los hermanos iban a emborracharse a Salk Lake para verla. Incluso creo que Grenier estaba bastante enamorado de la chica.

— ¿De una india?

— ¿Por qué no? — Hans sacó un cigarrillo y lo encendió, sin dejar de mirar sobre la polvorienta carretera, Los Ortega debían estar tragando toneladas de polvo, se dijo—. Manolita es una preciosidad. Admito que yo intenté acercarme a ella, pero fueron los hermanitos los que me hicieron pensarlo dos veces.

— ¿Tenía miedo de ellos?

— Digamos que tuve pánico ante el pensamiento de quedarme para toda la vida en Mesitas. Confío en no estar aquí dentro de dos meses. Estoy esperando recibir una autorización del departamento de justicia de los Ángeles para incorporarme a la policía allí. Comprenderá que estoy interesado en que su hermano aparezca sano y salvo.

— ¿Sólo por eso? ¿Por evitar un escándalo en su distrito?

Hans se volvió para mirarla.

—Y para complacerla. Desde que llegó siempre la he visto con el ceño fruncido, y a pesar de todo está así muy guapa. Me pregunto cómo se vería con una hermosa sonrisa.

Betty no pudo evitar sonreír ligeramente Pero como vio sobre sí la mirada de Hans le volvió la cara.

* * *

Betty salió de la tienda. Estaba nerviosa cuando se acercó a Hans para decirle:

— Alguien ha estado aquí hace poco tiempo.

— ¿Por qué lo sabe? .

— Recuerdo cómo lo dejé todo. Ahora lo encuentro revuelto.

— ¿Qué falta?

— Comida.

Hans observó a los Ortega. Los tres hermanos rondaban los alrededores del campamento buscando huellas. Hizo una señal a Betty y ambos entraron en la tienda.

Henry Grenier siempre había sido un hombre cuidadoso, según aseguró su hermana. En la única tienda dormía él y Andrés Díaz. Las camas estaban revueltas y las cajas que habían contenido comida estaban casi vacías. Algunas latas y paquetes estaban esparcidos por el suelo.

— ¿Es posible que haya sido algún vagabundo? — preguntó Betty.

Hans negó con la cabeza.

— No los hay por aquí. Estamos a dos horas de coche desde Mesitas. Y la granja más cercana está a cien millas. Y nadie vive en el desierto.

Betty se agachó y sacó de debajo de la cama de hierro un maletín.

— Las otras dos veces estaba nerviosa y no recordé esto.

— ¿Qué es?

— Henry conserva aquí todos sus apuntes sobre su trabajo —dijo Betty abriendo el maletín.

Hans vio que estaba lleno de mapas, papeles y cuadernos, algunos escritos con una letra muy pequeña y difícil de leer. Sobre la cama más próxima, Betty extendió un mapa de la región. Estaba cuadriculado con lápiz y señalados casi todos con cruces rojas.

— Al parecer mi hermano, como me aseguró, estaba a punto de finalizar con su trabajo —dijo Betty—. Estas cuadrículas sin señalar con cruces rojas indican que aún tenía que explorarlas.

El *sheriff* gruñó y se echó hacia atrás su sombrero.

— Alguna vez me gustaría saber qué demonios buscaba su hermano aquí. ¿Uranio?

— Investigaba —respondió escuetamente Betty, saliendo al exterior con el plano extendido, agarrándolo fuertemente para que el viento no se lo arrebatase.

Hans comprendió que ella no tenía la menor intención de explicarle

nada referente al trabajo de su hermano. En más de una ocasión había estado tentado de interrogar a Andrés, pero nunca halló el momento de hacerla. Y las veces que lo intentó con Henry Grenier siempre se mostró éste poco comunicativo en lo que concernía a su labor.

Betty señaló hacia el norte, diciendo:

— Allí están las zonas que Henry aún tenía que explorar. Es posible que sufriera algún accidente. Debemos buscar por allí.

Hans se caló el sombrero para proteger sus ojos del sol.

— Debe ser un lugar infernal para recorrer a pie, y los coches no podrán llegar hasta allí. ¡Julio!

El mexicano estaba a unos veinte metros de ellos, acuclillado sobre las rocas. Se levantó y caminó hacia ellos. Era no tan alto como Mario, pero más grueso y su piel brillaba sudorosa.

— ¿Conoces esto? —le preguntó Hans señalando varias cuadriculas en el mapa.

Julio necesitó unos instantes para orientarse. Luego miró hacia el horizonte para asegurarse que aquél era el terreno por el que el sheriff le preguntaba.

— Nunca he estado allí, sheriff —replicó Julio lentamente—. ¿Para qué? Es la parte más abrupta de la región.

— Suponemos que allí podemos encontrar algo.

— ¿Quiere ir? Bueno, pero los coches no nos llevarán al otro lado de los montes.

— Alguien ha estado aquí anoche, Julio.

— Lo sé — respondió el mexicano sacando un grueso y corto puro del bolsillo de su camisa.

— ¿Cómo lo sabe? — preguntó Betty.

— He hallado huellas recientes, todavía sin borrar por el viento. Quien sea ha marchado, precisamente, hacia el norte. Y marchaba muy cargado.

— Si, se llevó mucha comida.

—Y municiones para un rifle — Julio sacó del bolsillo del pantalón un cartucho intacto —. Se le cayó esto.

Hans lo inspeccionó. El metal estaba sin oxidar.

— No lo mire más. Quien lo perdió lo hizo anoche —aseguró Julio encendiendo su cigarro.

— Julio, tú puedes saber a quién pertenece una huella si previamente has conocido a esa persona —dijo Hans lentamente, mirando a los negros ojos del mexicano—. ¿Me equivoco?

Julio bajó la mirada.

— No, sheriff. Tal vez me equivoque, pero juraría que era Andrés Díaz quien estuvo aquí anoche, tomó la comida y toda la munición que encontró.

— El cartucho es para un rifle igual al que posee Andrés. Lo sé —dijo Hans—. Vayamos a ese sitio.

Se acercaron Mario y Joaquín, haciendo señas a su hermano para que se acercara. Hans les vio cuchichear en voz baja. Luego, Julio volvió para decir:

— Hay trabajo en la granja y no podemos quedarnos todos, *sheriff*. Mis hermanos volverán allí. Yo puedo ayudar; pero mi trabajo vale dinero —y se quedó mirando con impertinencia.

Betty se apresuró a decir:

— Yo le pagaré.

— Cuarenta dólares por día.

Hans fue a protestar, pero la muchacha sacó un billetero y extrajo dos billetes de a veinte, que Julio se apresuró a guardarlos.

— En mi coche traigo algo de comida. Tal vez no podamos regresar esta noche a Mesitas. En tal caso, mis hermanos volverán mañana a primera hora.

El *sheriff* se mordió los labios. Aunque en la tienda había mantas y los tres podían dormir en ella si improvisaban una tercera cama, no le seducía la idea de pernoctar en el desierto. Pero la ansiosa mirada de Betty le obligó a asentir.

— Está bien. Pero mañana, de todas formas, enviaré un mensaje a Salk Lake solicitando ayuda. Este terreno es demasiado amplio para inspeccionarlo tan pocas personas.

Los Ortega trasladaron al coche de Riks unos paquetes con comida y unas cantimploras de agua. Julio sacó su escopeta de caza y la puso en el asiento trasero del *jeep* del *sheriff*.

— Tenemos tiempo de llegar hasta donde usted quiere, *sheriff*. Comeremos allí y luego podemos proseguir en la tarde, cuando el sol no caliente tanto. No tendremos luego mucho tiempo, pero será conveniente iniciar el regreso apenas comience a oscurecer. No desearía dormir entre los riscos — terminó sonriendo Julio.

Mario y Joaquín se marcharon levantando una espesa nube de polvo. Riks saltó al interior del coche y esperó a que Betty se acomodara. Luego arrancó y se dirigió hacia el norte.

Condujo despacio, permitiendo que Julio fuera siguiendo las recientes huellas dejadas por el merodeador del campamento la noche anterior.

Dos veces Julio indicó a Riks que se detuviese. Las huellas se perdían en el terreno duro. Pero las volvía a encontrar.

— Ese tipo, tal vez Andrés, parecía muy decidido, *sheriff*. Sólo en dos ocasiones se desvió para subir a unos montículos. Tal vez para tener una mayor perspectiva del panorama. Parecía buscar algo.

Hans miró a la chica. Se preguntó cuándo se decidiría contarle ella lo que Henry Grenier estaba buscando allí.

Dos horas más tarde hacía demasiado calor y Hans buscó la protección de una muralla de rocas, en donde dejó el coche. La comida que había aportado Julio eran simples bocadillos de jamón y queso, pero que comieron con apetito.

— Tendremos que esperar aquí algún tiempo, hasta que el sol no sea tan fuerte —dijo Hans bebiendo un largo trago de agua.

Julio se levantó, tomó la escopeta y dijo:

— Voy a dar una vuelta por los alrededores. Tal vez encuentre algo. Hace tiempo que hemos perdido las huellas y quiero encontrarlas.

Betty sacó el plano y tachó dos cuadrículas más.

Hans la observaba con atención. La chica no tendría más de veinticinco años y seguía encontrándola muy atractiva a pesar del polvo que iba acumulando su rostro.

— Si me confiase lo que está buscando en estos parajes es posible que nos sirva, señorita, para hallar antes a su hermano.

Betty se volvió para mirarle. Mordió el rotulador con que había estado haciendo cruces en el mapa. Meditó unos instantes y replicó:

— Tal vez tenga razón, pero no sé si debo hacerlo sin permiso de Henry.

— Henry no puede contarme ahora nada —gruñó Hans—. Y es posible que sea importante que yo conozca algo más. Importante para él, por supuesto.

La chica se guardó el mapa en el bolso que colgaba de su hombro y asintió.

— Tiene razón. No es mucho lo que puedo decirle, sheriff. En realidad Henry no fue muy explícito conmigo. ¿Recuerda el suceso de hace dos años?

— ¿Se refiere al grupo de excursionistas que volvían del Lago Salado? Eran unos locos. El valle de la Muerte sigue siendo peligroso.

— Pero ellos volvieron sanos y salvo. La gente estaba equivocada cuando pensaron que murieron allí. Ellos volvieron por esta zona, hacia el sur. Se les había estropeado la radio, pero estaban perfectamente hasta que acamparon no lejos de aquí. Tal vez en este mismo paraje donde estamos ahora.

— ¿Cómo lo sabe? Las autoridades se volvieron locas buscándolos. Ni siquiera aparecieron los vehículos...

— Pero alguien encontró una especie de diario. Fue un viejo minero chiflado. Después de mucho recorrer, llegó a manos de mi hermano. Desde entonces siempre estuvo obsesionado con la idea de venir aquí e investigar.

— ¿Qué investigaba? Betty sonrió.

— Ya le he dicho que Henry no fue muy explícito conmigo. Sólo me confió que no podía pedir ayuda a nadie porque no habría ni una sola persona que estuviera dispuesta a creerle. Hizo las maletas y salió de

Nueva York un día. Me escribía una o dos veces a la semana. Nunca se desanimó, según pude deducir. Por el mapa ya sabemos que le quedaba poco territorio que explorar.

— Pero ¿qué buscaba?

— Unas grutas que eran descritas en el diario. Uno de los excursionistas lo estuvo detallando todo, cuando comenzaron en el campamento una serie de extraños sucesos que no sabía explicar. Las últimas líneas escritas hablaban de unas grutas. Mi hermano buscaba esas grutas. No me pregunte lo que esperaba encontrar dentro porque no lo sé.

— ¿Qué hacía en Nueva York?

El inesperado giro de la conversación sorprendió a Betty.

— Soy diseñadora…

Estaban sentados muy cerca. Hans la tomó por el cuello y la acercó hacia sí, besándola.

Betty parecía estar a punto de reaccionar cuando en la soledad del desierto tronó secamente un tiro.

CAPÍTULO IV

Hans se levantó de un brinco, tomó su rifle del coche y corrió hacia el lugar de donde se había producido el disparo. Detrás de unas rocas vio a Julio arrodillado, mirando al frente.

El mexicano se volvió hacia el *sheriff* y le indicó con un gesto imperioso que se detuviera. Hans se agachó e intentó descubrir lo que sucedía. Entonces cayó en la cuenta que el ruido del disparo no había sido hecho por la escopeta de Julio.

Delante de ellos el terreno iniciaba un declive. Unos doscientos metros más adelante, en un paraje despejado, veía lo que parecía ser un *jeep* tumbado. Entonces surgió una figura que empezó a correr, alejándose de ellos.

Hans notó la respiración entrecortada de Betty al detenerse a su lado. Entonces el *sheriff* se levantó y corrió ladera abajo. Al pasar junto a Julio escuchó a éste gritar le que tuviera cuidado porque el desconocido parecía estar armado.

La figura que se alejaba del jeep volcado no iba muy deprisa. Cojeaba visiblemente y tenía dificultades en superar el abrupto terreno. En ningún momento volvió la mirada para averiguar si era seguido.

Hans intuyó la dirección que estaba siguiendo y se desvió hacia la derecha, confiando en atajarle bastantes metros.

Por unos instantes dejó de verle y temió haberse extraviado. Pero al ascender por unas elevaciones volvió a descubrirle. Pudo observar que se trataba de un hombre de mediana estatura, con el torso desnudo y unos pantalones sucios. Su larga cabellera negra flotaba al viento. Sostenía un rifle que había transformado en un improvisado bastón con el que superaba las dificultades del terreno.

Hans se detuvo unos segundos para recobrar aliento.

Era un tormento correr bajo el implacable sol, pero se mordió los labios y prosiguió. El fugitivo apenas estaba ya a unos metros y el *sheriff* gritó, rogando no equivocarse:

— ¡Andrés!

El nombre fue devuelto por el eco y el hombre vaciló un momento. Se revolvió rápidamente y Hans apenas tuvo tiempo se echarse a un lado. El rifle tronó y la bala pasó a un par de metros del *sheriff*, rebotando en una roca produciendo un penetrante aullido.

— Quieto, Andrés. Soy Hans Riks — dijo avanzando unos metros, pero apuntando al mexicano.

Miró a Andrés y se estremeció. El muchacho jadeaba y se apoyó contra una roca, dejando descender lentamente su arma. Ofrecía un aspecto desolador. Algunos jirones de su camisa colgaban de la cintura del pantalón y su pecho tenía arañazos y sangre seca.

Andrés miró con ojos muy abiertos la aproximación del *sheriff*. Hans temió que el sol hubiera enturbiado la mente del mexicano y éste reaccionase violentamente contra él.

Cuando se encontró cerca le arrebató el rifle lentamente, sin dejar de mirarle a los ojos, unos ojos vidriosos y cercados por profundas ojeras.

— Calma, muchacho. Vamos, ven conmigo. Tenemos agua.

La palabra agua atragantó a Andrés. Hans le ayudó a caminar, estudiando su cojera. Vio que tenía el pantalón rasgado y sangre pegada en él. Una venda cubría la pierna por encima del tobillo.

Cuando Julio se acercó a ellos y cargó por el otro lado con Andrés, Hans, de reojo, estudió la expresión del fugitivo. Parecía estar más tranquilo ante la presencia de un compatriota.

Se alegró que Julio estuviera allí.

* * *

Tuvieron paciencia, dejando que Andrés vaciase casi toda una cantimplora de agua. Cerca de él, Betty le recomendó varias veces que bebiese tranquilo.

Usando el pequeño botiquín del coche de Hans, la muchacha había limpiado la herida y colocado una venda nueva. Dijo:

— Ha tenido suerte. Esto ha podido infectarse. Luego tranquilizó a Hans asegurando que no había ninguna fisura en el hueso.

— ¿Cómo fue, Andrés? — preguntó Hans ofreciéndole un cigarrillo que el mexicano puso con avidez en sus resecos labios.

— El *jeep* volcó, señor. Salté a tiempo, pero me herí en la pierna.

— ¿No nos oíste llegar hace unas horas?

— Estaba lejos del coche. Quería volver al campamento andando cuando creí oír el motor de un coche. Entonces volví.

— ¿Por qué disparaste contra Julio?

— Me asusté. Julio estaba cerca de donde maté el bicho esta mañana. Por su culpa me puse nervioso y no vi dónde iba el jeep, que terminó volcándose.

— ¿Te asustaste por Julio?

Andrés levantó vivamente la mirada.

— No. Me asusté a causa de esos animales. Hans movió la cabeza.

— Será mejor que empieces desde el principio, muchacho.

Andrés fumó y dijo:

— He estado huyendo desde hace muchos días, señor. Desde que el señor Henry Grenier fue atacado. Bueno, él acudió en mí ayuda cuando intentaron matarme —bajó la mirada y añadió—: Lo siento, pero entonces tuve miedo y huí. No sé lo que le pasó al señor Grenier. Cuando me calmé volví y no vi nada, ni un despojo suyo.

»Pero ya estaban detrás de mi, buscándome. Cada vez que intentaba acercarme al campamento aparecían ellos, obligándome a volver otra vez al norte.

»He comido lagartijas y serpientes, buscando el agua entre las raíces. Al fin, hace dos días, logré romper el cerco y llegar hasta el campamento. Allí cogí más comida y toda la munición que hallé. Yo apenas tenía. Creo que he matado a muchos.

Betty se envaró y abrió la boca para decir algo, pero Hans la contuvo con un ademán. Por el momento debía dejar que Andrés lo contase a su manera.

— Tenía que volver hasta donde había quedado el *jeep*. Caminé de noche, temiendo a cada instante ser sorprendido. No dormí nada, siempre vigilante. Encontré el *jeep* donde lo dejamos y monté en el. Pensaba regresar a Mesitas, *sheriff*. Pero entonces me volvieron a atacar. Salían de todas partes, disparando como condenados esta vez.

— Pero... ¿Quiénes disparaban? — exclamó Betty.

— ¡Ellos! — gritó Andrés, arrojando lejos el cigarrillo.

Crispó los puños, aspiró profundamente y añadió —: No soy un ignorante. Sé que no me creerán nada —sonrió—. Seguro que todos habrán pensado que yo he matado a Grenier para robarle. ¿Pero qué podía hacer yo con sus tarjetas de crédito? Siempre me pagó con cheques, que ingresaba en el banco. Nunca le vi dinero. ¿Qué le iba a robar? Le apreciaba, me parece.

— Sigue, Andrés — dijo suavemente el *sheriff*.

— Yo maté a uno o dos. No estoy seguro. Cuando escuché un lejano ruido decidí volver. No tenía más remedio que correr el peligro de

pasar de nuevo por donde había dejado el coche y el cuerpo de uno de ellos. Es imposible regresar a Mesitas caminando. Tal vez alguna vez pensé que alguien en el pueblo se acordaría de nosotros y vendría a investigar. Pero estaba demasiado ofuscado y apenas vi moverse un bulto disparé —desvió la mirada hasta Julio, que permanecía sentado a unos metros de ellos, con la escopeta entre las piernas y escuchándolo todo en silencio—. Lo siento, Julio. Seguimos siendo amigos, ¿no? La sed me tenía loco. No había una gota en el campamento. Sólo una botella con un resto de whisky. Sé que soy un loco y la bebí...

Julio le alzó una mano como dándole a entender que no se preocupase.

Hans estudió a Andrés. No estaba muy seguro si el muchacho se había serenado del todo o no. Pero era demasiada la curiosidad que le embargaba y preguntó:

— ¿Qué has querido decir? ¿Quiénes te disparaban, acosaban y te impedían salir de estos parajes?

— ¿Es que no lo han entendido, sheriff? — Andrés abrió desmesuradamente los ojos, extrañado —. ¡Fueron ellos! Sí, los que atacaron al señor Grenier, los que me persiguieron como sabuesos. Están armados y disparan proyectiles que destruyen las rocas.

— ¿Cómo son, Andrés?

Andrés medio se incorporó y miró hacia donde estaba el *jeep* de Grenier volcado, hacia esa dirección apuntó con su brazo derecho.

— El último que maté cayó en una hendidura. Aún debe estar allí. Quiero que lo vea y luego me saque de aquí de una vez. Pueden aparecer en cualquier momento. ¿Por qué no regresamos al pueblo en busca de ayuda?

Hans sonrió.

— Lo haremos, Andrés. Pero antes quiero echar un vistazo a ese tipo.

— ¿Tipo? —Andrés movió la cabeza—. Claro, todavía no le he dicho que son... —titubeó, alzó la mirada, buscando los ojos de Hans y añadió—: Son ratas, ¿sabe? Ratas enormes, tan grandes como un hombre.

Hans se pasó la mano por los ojos.

Se había equivocado, pensó. Andrés aún no se había recobrado.

Resoplando, indicó hacia la ladera que descendía al otro lado de las rocas. Dijo:

— Vamos de todas formas.

* * *

Se retiró del borde de la hendidura, apagando la linterna. Aunque el fondo era estrecho, el bulto que había allá abajo era perfectamente visible.

Betty estaba pálida, Andrés temblaba ligeramente y Julio permanecía inmutable, con su escopeta firmemente sostenida entre sus fuertes brazos.

Hans deglutió y sintió en aquel momento más calor que nunca.

Incrustado entre unos salientes de la hendidura, a unos cuatro metros de profundidad, la enorme figura de una rata gigantesca, de pelaje gris brillante, estaba en una posición inverosímil. La cabeza era difícil de ver, caída hacia atrás y casi tapada por su miembro superior, largo en proporción y dotado de largos y afilados dedos, de increíble apariencia a una mano humana.

A un palmo del cuello había una enorme herida. La sangre que había salido por ella en abundancia y formaba una densa costra en gran parte del pelaje.

— Es una rata del desierto aumentada cien veces — musitó Hans retrocediendo un par de pasos.

Andrés empezó a lucir una tímida sonrisa de triunfo. Hans carraspeó al volverse hacia él. No pudo hacer otra cosa que ponerle una mano en el hombro y asentir, admitiendo que había estado equivocado respecto a la nula credibilidad que había dado a su relato.

— Lo siento, Andrés, pero tengo que insistir en un punto. ¿Estás seguro que esos animales estaban armados? .

Andrés afirmó vigorosamente con la cabeza.

— Está bien, está bien. Te creo. Volvamos al coche y vayamos a Mesitas — dijo Hans mirando con aprensión su alrededor.

Pensó que una cámara fotográfica hubiera sido muy útil allí. El calor pronto empezaría a descomponer el cuerpo del múrido gigante. Cuando volviesen a recoger el cuerpo iba a resultar difícil la operación. Recordó que Mortimer disponía de un camión frigorífico, aunque dudaba que estuviese dispuesto a prestarlo para transportar aquella carga que ya empezaba a apestar.

Rezongó y soltó una maldición. Tendría que llamar a Salk Lake y solicitar amplios medios. Pero tardarían mucho tiempo en enviarle la ayuda. Antes tenía que convencerlos de lo que él había visto, y que sin poderlo evitar, aún dudaba de lo que sus ojos habían observado.

Caminaron deprisa, deseosos todos de acomodarse en el jeep del *sheriff* y emprender el camino de regreso a Mesitas. Estaban silenciosos y andaban muy cerca los unos de los otros.

Al doblar la serie de rocas, Julio fue el primero en advertir el peligro, echándose la escopeta a la cara y disparando un tiro detrás de otro. Los estampidos resonaron estruendosos en el silencio, pero a pesar del prolongado eco, todos creyeron escuchar un gemido de dolor cuando el múrido que merodeaba cerca de su coche cayó en redondo.

Andrés balbució algo y quiso echar a correr en dirección contraria a donde estaba el coche. Pero Hans le agarró de la desgarrada camisa.

— No seas loco. El único medio de escapar de aquí es en el *jeep*.

Corrieron y pasaron cerca del cadáver del múrido con temor. Pero los dos disparos de Julio habían destrozado el enorme abdomen. Saltaron al interior del *jeep* y Hans, mordiéndose los labios, puso en marcha el motor, sintiendo una gran alegría al escuchar el ronroneo.

Hizo virar el coche para salir del desfiladero. A través del cristal lleno de polvo descubrió unas figuras moverse a unas docenas de metros de ellos, cerrándoles el camino.

Julio estaba recargando la escopeta y Andrés tomaba el rifle del sheriff. Betty sólo gimió y empuñó, empero, el arma que había estado llevando Andrés hasta entonces.

Hans hundió el pie en el acelerador. El *jeep* saltaba buscando otra salida que no fuese aquella que cerraban los monstruos. Pero no existía otra. Gritó a sus compañeros que disparasen y aceleró.

Tronó la escopeta y dispararon los rifles. Algunos múridos se tambalearon y dos de ellos cayeron pesadamente. El *jeep* arrolló a algunos. Al pasar junto a ellos, Hans creyó que, como había dicho Andrés, los múridos sostenían entre sus garras superiores algo parecido a cortos fusiles.

Pero los múridos se movían lentamente. Se habían alejado ya bastante cuando escucharon unos trallazos a sus espaldas. A ambos lados del coche se levantaron surtidores de piedras y polvo.

Hans hundió el pie en el acelerador. El jeep saltaba sobre el accidentado terreno. Betty gritó y el «Winchester» se escapó de entre sus manos, quedando atrás. Hans maldijo y la gritó para que tomara su revólver que colgaba del cinturón.

El sheriff escudriñaba el terreno que tenían delante.

Seguían otro camino distinto al que habían tomado en la ida y éste resultaba más abrupto. Corrían el peligro de perderse y meterse en un callejón sin salida.

Empezaron a ver múridos asomándose entre las rocas, aunque sin atreverse a plantarles cara. De vez en cuando sonaba un trallazo y el impacto destrozaba las rocas a pocos metros del coche.

— No tienen mucha puntería — dijo Andrés cargando el rifle.

Julio se revolvió y alzó su escopeta. Pasaban cerca de una serie de rocas sobre las cuales surgieron una docena de múridos. En el mismo instante en que disparaba el coche pasó por unas rocas, botó y Julio apretó el gatillo, perdiéndose la perdigonada en el aire. Pero el mayor de los Ortega saltó del asiento trasero del jeep.

Hans sólo se dio cuenta de lo que había sucedido cuando Betty chilló y Andrés llamó a gritos a Julio, sobre quien cayó una avalancha de seres de pelaje gris.

El jeep se detuvo y Hans comprendió que era inútil ayudar a Julio. Docenas de múridos le ocultaban mientras otro grupo menor corría hacia ellos, disparando sus armas.

Con un nudo en la garganta, Hans reanudó la marcha. Su cerebro zumbaba estrepitosamente y apenas se percibió de los estampidos que estallaban muy cercanos.

CAPÍTULO V

Se le achicaron los ojos, la afilada mandíbula tembló. Luego se volvió y tomó el largo látigo de encima de la mesa.

Los seres que agrupados aguardaban se estremecieron. Vieron avanzar hacia ellos la figura de su jefe, contemplaron desorbitados el látigo arrastrarse por el suelo, empuñado por la crispada extremidad de aquella representación de la ira.

— Lo intentamos, señor —gimió un múrido.

— Eso no basta. Teníais órdenes concretas —bramó el jefe Telgun haciendo restallar el látigo a pocos centímetros de la cara del implorante ser.

— Estaban armados...

— Vosotros también — el látigo cayó hiriente sobre la masa cada vez más apretada. Pero ninguno de los castigados exhaló un quejido de dolor.

— Pero parece que aún no sois capaces de usarlas —añadió Telgun mientras los golpeaba una y otra vez —.

Debería destrozaras a todos por ineptos.

Minutos después, el jefe se detuvo, jadeante. Le dolía el brazo. Miró con desprecio la sangrante presencia de sus súbditos. Arrojo a un rincón de la estancia el látigo tinto en rojo.

Miró el cadáver mutilado del humano que instantes antes le habían llevado. Lo señaló, ordenando:

— Lleváoslo y hacedlo desaparecer.

Los múridos, una docena, se movieron aprisa. El cadáver estaba sobre una tela gruesa, lo envolvieron y sacaron de la estancia. Antes que el último traspasase la puerta, Telgun le gritó:

— Busca a Munco; quiero verle en seguida.

El múrido cerró la puerta asintiendo vigorosamente. Telgun dio la

vuelta a su mesa y tomó una jarra de metal. Llenó un vaso y bebió ávidamente. El líquido le refrescó y serenó. De encima de una silla cogió una larga capa escarlata que se abrochó al ancho cuello, sentándose a continuación.

Desde allí se volvió lentamente, hasta detener la mirada en el cristal opaco que cubría casi media pared del fondo.

Se estremeció al pensar que debería comunicar lo ocurrido en el exterior. Se preguntó si el Profeta se conformaría con castigarle a latigazos como él había hecho con aquellos torpes miserables.

Reprimiendo el temblor volvió a beber. Soltó una maldición cuando cogió la jarra y comprobó que estaba vacía. Y todavía faltaban dos jornadas para recibir una nueva ración de brebaje.

Posiblemente, recapacitó alarmado, el Profeta le negaría el sabroso néctar, furioso ante el fracaso cosechado. Sus estrictas órdenes no habían sido cumplidas. Los humanos, excepto uno, habían conseguido escapar. Incluso aquel que durante tantos días había estado burlando a las patrullas de superficie.

La puerta se movió y Munco entró en la habitación con marcado recelo. Seguramente había visto las heridas del mensajero y no estaba muy tranquilo.

— Saludos, jefe Telgun — dijo avanzando hacia la mesa.

Estudió a su oponente y se tranquilizó algo al notar un poco serena la expresión de Telgun.

— Siéntate, Munco —dijo el jefe indicando un taburete—. Te supongo enterado de todo.

— Por supuesto. Yo estaba en la entrada cuando llegaron con el humano muerto.

— Lo hicieron pedazos —rezongó Telgun—. Pudieron haberlo cazado vivo. Hubiéramos sabido qué están pensando los humanos de todo esto.

— Al parecer el prisionero tenía amigos que se preocuparon por su desaparición —Munco suspiró—. Lástima que sepamos aún tan poco de los humanos. Sus reacciones son imprevisibles.

— Por Traoll, Munco —exclamó el jefe—. El Profeta nunca se ha

equivocado al decirnos lo que iba a suceder. El afirmó que debíamos capturar al humano que escapó la primera vez y deambuló por los alrededores tantos días, burlándose de nuestros grupos. Incluso vaticinó la posibilidad de que más humanos acudiesen. Si ese humano no hubiera escapado los que llegaron hoy se habrían marchado sin sospechar nada, convencidos de que nunca encontrarían a los que buscaban.

— La desaparición de alguno de sus miembros suele ser una cosa casi corriente en las comunidades humanas, es cierto —asintió Munco mirando con avidez la jarra.

Telgun adivinó la intención de su lugarteniente, esbozó una extraña sonrisa y explicó:

— Está vacía. Dentro de unos instantes tengo que informar al Profeta y sentí necesidad de darme ánimos.

Munco se movió con nerviosismo en su asiento.

— Se pondrá furioso cuando se lo digas.

— Estás ofendiendo al Profeta — le interrumpió Telgun —. Sabemos perfectamente que él está al corriente de todo lo que sucede en la Guarida. Es simple formulismo el informe directo.

— Presagió grandes catástrofes si los humanos descubrían nuestra presencia. Me pregunto qué decidirá ahora.

Telgun asintió.

— Sí. Ya saben que existimos. Pero confiemos en el enviado de Traoll. Sus poderes son ilimitados. Nosotros sólo somos torpes peones a sus órdenes.

— Los humanos son incrédulos, pero curiosos. No faltarán muchos que crean lo que les digan los escapados. Vendrán aquí por millares.

— Si les dejamos, por supuesto.

— ¿Qué piensas hacer?

— No sé; pero estoy seguro que el Profeta lo solucionará. ¿Qué tal está el prisionero?

— Supongo que totalmente curado de las heridas que sufrió al capturarle. Al final hemos podido encontrar algo que le guste comer.

Ha preguntado varias veces por ti.

— La curiosidad humana. El temor que le embargaba los primeros días ha desaparecido, ¿no? Ahora quiere saber.

— Habrá que decidir algo respecto a él.

— Es inteligente. Incluso el Profeta lo ha admitido cuando vio las grabaciones de los interrogatorios. Tal vez algún día quiera interrogarlo personalmente.

— ¿Al humano? —inquirió sorprendido Munco. Ni siquiera él gozaba del honor de contemplar al Profeta, quien sólo accedía a que Telgun le viese y hablase, siempre en aquella habitación. Sintió un ramalazo de envidia y su resentimiento hacia Telgun aumentó.

Unas luces situadas al lado del cristal opaco titilaron y Telgun, nervioso, dijo a su lugarteniente:

— Debes irte. El Profeta quiere hablarme.

Munco echó una mirada al cristal. Se dijo que tal vez algún día él fuese el poseedor de tan alto honor. Según su criterio, Telgun estaba cometiendo muchos errores últimamente. El Profeta podía cansarse alguna vez de tenerle como jefe de la Guarida.

Telgun casi empujó a Munco y luego cerró por dentro la puerta. Se recompuso la estética de su capa y se acercó visiblemente emocionado hacia el panel. Pulsó unos mandos y retrocedió a la distancia que el ceremonial obligaba.

Cuando el cristal se encendió en multicolores luces, Telgun se arrodilló y bajó la mirada.

— Alza tu mirada y mírame —escuchó una fuerte y conocida voz al otro lado de la pantalla.

Telgun levantó la cabeza despacio y siguió arrodillado.

Vio al Profeta sentado al otro lado del cristal. Era enorme, casi tres veces su tamaño. Desde el fondo de una estancia irreal, profunda, le miraba con evidente desprecio en sus ojos, arropado en reluciente tejido dorado.

— Has castigado a los que te fallaron, jefe Telgun —dijo el Profeta—. ¿Tengo que hacer yo lo mismo contigo, con quien era depositario de

toda mi confianza?

Telgun sintió frío, un frío glacial. Sus rodillas temblaron y sólo fue capaz de asentir con la cabeza, luego, al cabo de un tiempo que a él se le imaginó enorme, murmuró:

— Soy culpable, Profeta. Soy merecedor de tu ira. Me equivoqué al elegir los siervos que debían ejecutar tus deseos.

— Ahora nuestra situación es delicada.

— Dime qué debo hacer para remediarlo.

— Debemos actuar pronto. No tenemos mucho tiempo. Pero los humanos aún necesitarán más tiempo del que yo preciso para pensar cómo subsanar el mal que habéis producido con vuestra torpeza. Os di un alma y medios para ser fuertes. ¿Y qué obtengo a cambio? Nada más que disgustos.

— Nuestros vasallos aún no están habituados a usar con eficacia las armas, señor. Apenas hace unos días eran diminutos y salvajes múridos...

— Calla. Sé lo que eran. Lo sé perfectamente porque con la ayuda de nuestro venerado Traoll los sacamos de la barbarie.

»Telgun, aún tenemos mucho que hacer antes que seamos tan fuertes como para que no nos importe que los humanos sepan de nuestra existencia. Hemos conseguido mucho en un tiempo ridículamente corto, pero aún no es suficiente: No podemos admitir un fracaso a estas alturas. Hoy mismo llegarán más suministros que ocuparán las nuevas galerías dispuestas. También, armas y otros elementos precisos para atajar la amenaza que nos acecha.

El Profeta hizo una pausa y Telgun comenzó a serenarse. Parecía que no iba a recibir ningún castigo, al menos aquel día. Pero el Profeta le había advertido sutilmente. No admitiría otro error.

Recordó los experimentos fallidos, los cientos de cuerpos de múridos que no alcanzaron el grado de evolución preciso y que fueron a parar a los enormes incineradores situados en lo más profundo de la guarida.

— Quiero que interrogues al humano, jefe Telgun.

Preciso de ciertos informes para actuar lo antes posible.

— ¿Qué informes, señor?

— Existe una concentración urbana humana no muy lejos de aquí. Apenas son unos cientos. Creo que podríamos aislarla. Que el prisionero concrete cuáles son los medios defensivos y ofensivos de este núcleo enemigo y si conoce la relación de los humanos que huyeron y que, indudablemente, estuvieron buscándole. Luego, cuando dispongas de estos datos, regresa a transmitírmelos y recibirás instrucciones. Háblale al humano de nuestras propuestas. Recuérdaselas.

— Señor, los humanos disponen de medios para comunicarse a distancia. Los que huyeron llegarán de un momento a otro a su núcleo urbano. Existen otras concentraciones cerca del lago, en todas direcciones. Son millones. Temo que soliciten ayuda...

— Tengo prevista tal eventualidad. —El Profeta alzó su miembro derecho, tal como solía hacer cuando había considerado que la entrevista iba a dar fin—. Por el momento no hay que temer nada. Tenemos un día de plazo.

Telgun bajó la mirada cuando empezó a ver que el cristal aumentaba de intensidad en su luz y la imagen del Profeta se diluía en una orgía de colores.

Respiró ruidosamente y se incorporó. Descorrió los cerrojos de la puerta y salió al pasillo. Entonces se acordó que no había mencionado el néctar. Tal vez había sido mejor así. El Profeta había estado mesurado con él. El temido castigo no se había producido.

Los múridos con que se cruzaba por los pasillos se apartaban a su paso y se inclinaban respetuosos. Todos marchaban rápidos de un lado para otro, cargados con cajas metálicas.

Telgun pensó que los, suministros habían llegado mientras él había estado entrevistándose con el Profeta.

Los intrincados pasillos le condujeron a la zona de las cavernas naturales. Allí sólo se había acondicionado el suelo y agrandado algunas zonas. Al fondo estaba el receptor. Cientos de seres se agrupaban a su alrededor esperando las mercancías transferidas. Vio a Munco, látigo en mano, presenciando la operación desde una pila de cajas. De vez en cuando gritaba órdenes y Telgun creyó apreciar en el tono de su voz un indicio de irritación.

Continuó su camino pensando que Munco mostraba cada día mayor

distanciamiento hacia él. Empezaba a sospechar que le envidiaba su elevado cargo.

Llegó hasta el túnel de descenso y se dejó caer sobre el colchón de aire. Lentamente descendió los cincuenta metros de profundidad, hasta alcanzar la galería artificial número doce. Los dos múridos que montaban guardia se irguieron al verle. Uno de ellos le siguió hasta el fondo del pasillo. A una señal de Telgun sacó unas llaves y abrió la puerta de acero.

Telgun entró ceremoniosamente. El guardián se quedó fuera, entornando la puerta. El prisionero se incorporó de la burda cama donde había estado sentado.

— ¡Hola, Telgun! —saludó sonriendo. Se rascó su poblada barba y se acercó hasta el líder hasta donde la cadena agarrada a su pierna le permitía—. Lamento seguir sin disponer de un poco de DDT para ofrecerle una copa.

Telgun permaneció inmutable. Estaba empezando a acostumbrarse a lo que los humanos llamaban ironía. Después de los primeros días en que el prisionero estuvo muy bajo de moral, el llamado Henry Grenier mostraba su extraño humor cuando se hallaba en su presencia.

— Me han dicho que la comida es ahora de tu agrado —dijo Telgun sentándose en una silla cercana a la puerta. La prudencia le aconsejaba mantenerse alejado del humano. En más de una ocasión había atacado a los guardias. Sólo la orden del Profeta de mantenerle con vida había impedido a Telgun disponer su ejecución.

— Sí, gracias. Al menos no era tan repugnante como la primitiva. ¿Qué quieres ahora de mí?

— Insisto en que te muestres más dispuesto a colaborar con nosotros, humano. Ya ves que somos complacientes contigo, tal vez demasiado. Podemos disponer de tu vida en cualquier instante.

— Lo sé. Continúa.

— Quiero detalles del conglomerado urbano más cercano, ese lugar que llamáis Mesitas. Por ejemplo, cuántos habitantes tiene y qué fuerza armada lo custodia.

Grenier se echó a reír sordamente.

— ¡Qué poco conoces tu entorno, rata! Es un inmundo poblado con

apenas quinientos o seiscientos habitantes. Y me temo que el único profesional armado es el *sheriff*. ¿Es que vais a atacar? Hacedlo de una vez. Así el mundo conocería vuestra existencia y al fin sabría cómo murieron esos desdichados excursionistas que hace años tuvieron la desdicha de encontrar una de vuestras entradas a este subterráneo.

— No fue nuestro deseo que murieran — dijo Telgun recordando el hecho —. Ojalá hubieran seguido su camino sin molestarnos. Tuvieron la mala suerte de tropezarse con unas brigadas de trabajo en las galerías cuyos componentes aún tenían en un estadio rudimentario sus mentes.

— Todos eran unos muchachos —masculló Grenier—. Fueron despedazados salvajemente.

— Peto a ti te hemos conservado la vida...

— Sí, claro — asintió Grenier —. Y me habéis ofrecido el virreinato de la Tierra. Estáis locos. Queréis que yo os represente ante los humanos, que los gobierne en vuestro nombre. ¿Cómo podéis abrigar la esperanza de conquistar un planeta con cuatro mil millones de seres, unos inmundos ratones que se cobijan bajo tierra y apenas están, en su mayoría, por encima del nivel mental de nuestros más atrasados bosquimanos?

— Avanzamos aceleradamente. Mucho más aprisa de lo que tú supones. En breve seremos millones y dispondremos de mejores medios que los vuestros. Traoll nos lo dará todo. Nos hará grandes y nos llevará a las estrellas. Las conquistaremos.

Grenier entornó los ojos, mirando fijamente al múrido. Durante las entrevistas que había sostenido con el líder de aquella singular comunidad siempre intentó llegar al fondo de la cuestión. Una vez más, probó suerte.

— Me gustaría saber de dónde ha llegado ese todopoderoso Traoll, verle algún día.

— Tu condición de humano te exime del castigo que merece tu blasfemia — suspiró Telgun —. En este aspecto eres ignorante. Traoll envió a la Tierra a su Profeta para redimir a mi raza, hacerla grande. Este planeta nos pertenece...

— Sí, sí. Conozco eso, todo lo referente al principal dogma de tu rara religión. Estoy cansado de escucharte decir que por un accidente evolutivo hemos sido los humanos y no los múridos los que se han

apoderado de la Tierra. Pero me temo que ni el poderoso Treoll podrá remediar ya que vuestra raza siga siendo algo que está condenada a la extinción.

Telgun dibujó con su boca lo que podía considerarse como una sonrisa.

— Estás equivocado, y lo sabes. Desde hace muchos años los tuyos han usado toda clase de artilugios y venenos para hacernos desaparecer. Cada vez los venenos eran más fuertes, pero siempre salimos adelante. Nuestro organismo es mucho más poderoso que el vuestro. Sólo necesitábamos hacemos más grandes y capaces de usar una técnica parecida a la humana. En cambio, Traoll nos envía desde las estrellas un material superior al vuestro. Cada día tenemos cientos de semejantes nuestros que se incorporan a los trabajos, a los entrenamientos. Capturamos todos los múridos pequeños y salvajes de los desiertos y en pocas fechas están capacitados para ayudarnos en nuestra labor. Son instruidos y cada vez los incorporados aprenden más aprisa. Desde que empezamos a desarrollar el sistema de reproducción acelerado ya no tenemos que ir capturando a nuestros congéneres por ahí.

— Bueno, basta. ¿Eso era todo lo que tenías que decirme?

— Creo que sí. Ese poblado llamado Mesitas no supondrá ningún problema para nosotros. Evitaremos que la noticia de nuestra existencia sea propagada.

— ¿Es que habéis sido descubiertos? — preguntó Grenier frunciendo el ceño.

— Oh, me olvidé decirte que unos humanos fueron sorprendidos cuando encontraron al compañero tuyo que escapó. Lamentablemente sólo pudimos capturar a uno de ellos. Los demás consiguieron escapar hasta el núcleo urbano.

— ¿Cómo vais a evitar que se dé la noticia?

— El Profeta lo tiene previsto. Por cierto, él quiere entrevistarte algún día. Es posible que entonces te proponga que colabores con nosotros. Te aconsejo que respondas afirmativamente. Podemos cansarnos de mantenerte con vida —se levantó y dirigió hacia la salida.

Grenier tiró de la cadena hasta el límite y gritó a Tengul:

— ¿Es que vais a destruir Mesitas?

— ¿Por qué no? Sin testigos, los humanos de las otras ciudades no sabrían explicarse la destrucción de ese núcleo. Lo último que harían sería escudriñar el desierto. Pasado un tiempo nos dejarían definitivamente tranquilos.

CAPÍTULO VI

Hans dejó caer el teléfono con estrépito en la horquilla.

— Es inútil —dijo volviéndose hacia Betty—. No funciona ningún teléfono de Mesitas.

Estaban en el almacén de Spencer, en donde habían llegado después de probar sin resultado positivo el teléfono de la oficina y el transmisor de radio.

El dueño del local y varios clientes le miraban en silencio. Las explicaciones dadas por el sheriff no habían sido muy detalladas. Mario y Joaquín Ortega estaban un poco más atrás, muy serios. Ellos se dirigían al campamento en el desierto cuando se toparon con el *jeep* de Riks que volaba por el polvoriento camino. Se limitó a decirles que volvieran con ellos a Mesitas, y en la oficina tuvo que contarles lo que había sucedido con su hermano.

Los Ortega aceptaron con estoicismo la noticia. Andrés, todavía descompuesto, mientras Hans luchaba con el radio primero y luego el teléfono, terminó de contarles cómo había sucedido todo.

Los Ortega avanzaron, abriéndose paso entre el grupo de curiosos.

— ¿Qué piensa hacer, sheriff? — preguntó Mario.

Riks alzó la mirada. Los profundos ojos negros del mexicano reflejaban reproche, incredulidad. Hans no les recriminó si no habían creído totalmente. También en los semblantes de los presentes en el almacén de Spencer se palpaba la duda respecto a lo que había contado.

Reconoció que él tampoco lo hubiera admitido si no hubiese sido testigo presencial de la lucha contra aquellos monstruos. Respiró

profundamente y dijo:

— Debemos abandonar el pueblo inmediatamente, irnos a Salk Lake.

Spencer se rascó el mentón.

— Vamos a ser el hazmerreír allí...

Hans exclamó exasperado, consciente que no podría tener el menor éxito.

— Seguro que aunque hubiéramos traído un bicho de aquéllos no nos hubierais dado crédito.

Spencer rió nerviosamente.

— Bueno, la verdad es que siempre hubo ratas en el desierto, y grandes por cierto. Yo recuerdo una vez que vi una mayor que un conejo; pero nunca alguna de casi dos metros de altura.

Sus palabras fueron coreadas por carcajadas, aunque un poco nerviosas, por los presentes.

— Está bien — dijo Risk mordiéndose los labios—. Somos cuatro personas los que podemos afirmar que esas ratas gigantes existen apenas a una hora de aquí en coche. Hasta entonces han intentado vivir en secreto. Por eso han matado ya a dos personas. Y es posible que fueran ellas las que hicieran desaparecer a cierta expedición hace unos años. Ahora saben que han sido descubiertas y estoy seguro que intentarán por todos los medios de conservar su secreto. ¿Acaso no es una prueba evidente que no podamos pedir ayuda? Súbitamente los teléfonos han dejado de funcionar.

— Ratas gigantes, armadas con unos rifles que lanzan proyectiles que desmenuzan las rocas — dijo un vecino llamado Coster —. Son demasiadas cosas inverosímiles, ¿no? Y si encima piensas que los teléfonos no funcionan por algo que ellos han hecho.

— Estamos perdiendo el tiempo. Todos podemos marchamos de aquí en unos minutos. Sólo debemos llevarnos lo imprescindible. Tenemos coches suficientes para evacuar todo el pueblo. Tomaremos la carretera del este y luego nos desviaremos hacia el oeste, hasta Salk Lake. Tengo la esperanza de poder llamar por teléfono a medio camino. En Ringo's Motel, por ejemplo. Dudo que las interferencias hayan alcanzado tan lejos.

— ¿Y dejar el pueblo solo? —inquirió Spencer abriendo los brazos y queriendo abarcar con ellos su local.

— Bien, ésta es mi opinión. No puedo obligaras a marchar. Pero os aconsejo que lo hagáis.

— ¿Es que usted va a marcharse, *sheriff*? — preguntó Mario Ortega.

— Sí. Y vosotros debéis ir en busca de vuestra hermana y llevárosla lejos.

— No. Regresaremos al lugar donde usted dijo que había caído nuestro hermano.

— Estáis locos. Aquello estará lleno de ratas.

Mario se volvió y ambos hermanos salieron del local.

Segundos después el motor de su coche indicó que se marchaban.

Hans tomó a Betty del brazo y dijo a los hombres y mujeres, algunos de los cuales seguían mirándole con ironía:

— Haced lo que queráis. De todas formas yo iré a Salk Lake. Volveré lo antes posible.

Vio a todos titubear, sonrieron nerviosamente. Comprendió que ninguno se atrevía a decir que se marcharía porque temía a las burlas de los demás.

Salieron a la calle y Andrés corrió detrás de ellos.

— Quiero irme con ustedes, *sheriff* — dijo.

Hans asintió. En la oficina tomó un bidón de gasolina y llenó el tanque del jeep. Echó atrás el bidón con el resto, volvió a entrar en la oficina y salió cargando dos rifles, un revólver y varias cajas de munición. Andrés corrió hacia el local de Spencer y regresó con algunas botellas de plástico llenas de agua mineral. Hans celebró la idea del mexicano.

Andrés saltó en el asiento de atrás y Hans arrancó el motor.

Betty se mordió el labio superior y dijo:

— Los Ortega dejarán a Manolita sola en la granja, Hans —se puso colorada y añadió—: Me parece que estamos obligados a decirle que venga con nosotros.

Hans sonrió y enfiló por la única calle del pueblo.

* * *

Manolita no puso muchos impedimentos en dejar la pequeña casita con el corral atrás, lleno de gallinas, que los Ortega llamaban granja. Sobre todo, la muchacha se apresuró a empacar sus escasas pertenencias cuando Hans la comunicó que Mario y Joaquín habían vuelto al desierto.

Pero al llegar al coche, Manolita se detuvo al ver allí a Betty, quien le sonrió amistosamente, tendiéndole la mano.

— Vamos, sube. Manolita, te ruego que me llames Betty.

La mexicana replicó con otra sonrisa, pero tímida.

Apretó la mano de la hermana de Henry y se acomodó atrás, al lado de Andrés.

Hans conducía en silencio. De vez en cuando miraba su reloj y fruncía el ceño. Diez minutos más tarde volvió a tomar la estrecha carretera del este. A su derecha quedaba el pueblo. Podían verlo desde allí, con sus tristes luces que comenzaban a encenderse al atardecer.

Habían pasado más de tres horas desde que escaparon de las garras de las ratas. Por un momento, Hans se preguntó si todos sus temores no habían sido infundados. Aquellos bichos, aunque fuesen a pie, había tenido ya tiempo de llegar al pueblo. Recordó los inútiles teléfonos y el silencioso transmisor. Era difícil que fuese una coincidencia, pero también podía ser.

De todas formas estaba decidido a ir a Salk Lake y poner al corriente a las autoridades. Sabía que Andrés poco podía servirle como testigo. Se hallaba en los Estados Unidos ilegalmente, según creía él, con un permiso de trabajo caducado hacía años. Pero tendrían que creerle a él y a Betty Grenier. Al menos los obligaría a ir hasta el desierto y mirar debajo de los guijarros.

Encendió los faros y continuó alejándose del pueblo.

Cinco kilómetros más arriba torció a la izquierda, por la carretera que

le conduciría primero hacia el norte y luego al oeste.

Tendrían que pasar la noche en el motel de Ringo.

Sería más de medianoche cuando llegaron a él. A pesar del ruido del motor escuchó conversar a las dos mujeres. Por un momento creyó percibir el llanto quedo de Manolita y las palabras de consuelo de Betty.

Buena chica era Betty, se dijo sonriendo. Al principio había pensado que se trataba de una de esas muchachas de ciudad que volvían la cara cuando veían una tez morena. Al parecer ella y Manolita habían terminado haciéndose buenas amigas.

Se alegró por Manolita.

Cuando avistaron las luces del motel todavía no era medianoche. Hans resopló. Habían corrido más de lo previsto. Tal vez allí pudiese usar el teléfono y advertir a las autoridades antes de reemprender el camino al amanecer.

— Seguro que nadie se acuerda que tiene el estómago vacío —dijo alegre virando a la derecha y dirigiendo el jeep hacia el aparcamiento, debajo del enorme letrero luminoso.

Salieron del coche y Hans caminó aprisa hacia la puerta sobre la cual campeaba la palabra Recepción.

Empujó la entornada puerta y entró empezando a manifestar las buenas noches a Ringo, a quien esperaba encontrar, como siempre detrás de su mostrador.

Hans se quedó quieto cerca del dintel, contemplando, horrorizado, el desagradable espectáculo que le ofrecía el cuerpo destrozado tirado detrás del mostrador.

A pesar de todo pudo reconocer que aquel cuerpo era Ringo.

Los demás llegaban y empujó a Betty y Manolita al exterior. Andrés pasó por su lado y penetró, saliendo en seguida y vomitando junto a la pared.

— Se nos han adelantado —musitó Hans mirando receloso alrededor, después de haber amartillado el «Winchester». Entonces bajó la mirada y observó las huellas señaladas en el terreno blando.

Las grandes patas de las ratas formaban delante de la entrada un confuso dibujo, pero unos metros más allá eran nítidas y averiguó la dirección que habían tomado después de haber perpetrado la matanza.

Andrés había hecho un esfuerzo y recorrió algunos apartamentos del motel. Sólo pudo revisar cuatro. Llegó diciendo que había encontrado un par de cuerpos destrozados, tal vez los de un hombre y una mujer.

— No quiero registrar los demás.

Hans atisbó desde fuera. Únicamente faltaban dos llaves del tablero. Afortunadamente, Ringo no había tenido mucha clientela aquel día.

Regresaron al aparcamiento y contaron tres coches.

Uno de ellos era el «Ford» de Ringo. Los otros dos debían pertenecer a los viajeros.

Hans advirtió a Andrés que vigilase y no dudase en disparar contra el menor movimiento sospechoso procedente de la oscuridad. Se dirigió a la recepción y procuró no mirar el cadáver de Ringo. Todo estaba allí revuelto, pero el teléfono, milagrosamente, permanecía encima del mostrador.

El sheriff palideció al comprobar la ausencia de tono.

* * *

— ¿Por qué no seguimos, sheriff? —preguntó Andrés viendo cómo volvían a tomar la dirección de Mesitas.

— Nos deben estar esperando en algún sitio apropiado para tendemos una emboscada. Me temo que nadie puede salir o entrar de esta zona —replicó Hans—. Desde que pasamos junto al pueblo no nos hemos cruzado con ningún vehículo. No pasa mucha gente por aquí, pero llevamos cerca de tres horas en la carretera. Esto es anormal.

— ¿No podemos tomar otro camino? —inquirió Betty.

— Posiblemente no hayan tenido tiempo de cortamos la carretera del este. Pero para llegar a ella tenemos que pasar cerca de Mesitas. No me lo perdonaría nunca si no volviera a insistir les a esos incrédulos para que se marchen con nosotros… si aún están a tiempo.

Hans conducía con el acelerador pisado a fondo. Una vez que pasaron cerca de unos montículos todos creyeron ver sombras moviéndose encima.

Betty se apretó a su lado y Hans la notó temblar. Una hora después, Hans detenía el *jeep* apenas doblaron un recodo. Abajo tenían Mesitas.

Apagó las luces.

Escucharon los estampidos, los gritos y las casas arder después que sobre sus tejados estallaran bolas de fuego.

CAPÍTULO VII

Había tenido horribles pesadillas y sentía dolores en todo el cuerpo. Miró a Betty, que seguía durmiendo a su lado, arropada con su chaqueta de cuero. Más allá, Manolita estaba sentada, despierta y con la mirada perdida en el horizonte.

— Hola, *sheriff* —escuchó el saludo de Andrés desde el lugar donde había pasado las tres últimas horas, vigilando hacia el llano.

Hans se acercó junto al mexicano y miró hacia abajo. El pequeño pueblo no era otra cosa que un montón de cenizas. Las explosiones lo habían destrozado todo. Vio tres coches a tres millas de la larga calle, carbonizados. Seguramente se trataba de los que la noche anterior habían intentado huir del cerco de las ratas.

Miró el reloj. Eran las seis y veinte. No había dormido ni dos horas. Hasta las cinco estuvo haciendo guardia, siempre vigilando. Había visto cómo la defensa de Mesitas cedía ante el ataque de los múridos y luego cómo cientos o miles de figuras corrían por entre las casas ardiendo, como si quisieran asegurarse aquellos monstruos de que no quedaba ningún ser viviente.

Se había dormido y todavía algunas viviendas seguían ardiendo. Ahora apenas si salía humo de las que empezaron a arder las últimas.

Hans aún no comprendía cómo había conseguido dormir, al menos cerca de dos horas. El cansancio debió haber sido demasiado grande.

De otra forma no se lo explicaba.

Por un momento Andrés quiso bajar para ayudar a los habitantes de Mesitas. Hans tuvo que vencer su deseo de seguirle. Dijo al mexicano que ellos eran los únicos que podían explicar a las autoridades lo que allí había pasado. De otra forma, añadió, se limitarían a sospechar que se trataba de algún suceso inexplicable y, al cabo de algún tiempo, archivarían el asunto si los múridos mientras tanto se ocultaban bajo tierra.

— ¿Qué vamos a hacer ahora? — preguntó Andrés colocándose entre los labios un arrugado cigarrillo.

— Esperar un poco más. Si esas ratas son inteligentes pensarán que dentro de poco vendrán muchos a averiguar lo que ha pasado aquí. Se habrán retirado a sus guaridas o lo harán pronto. Si han realizado toda esa destrucción para mantener en secreto su existencia no deben arriesgarse a permanecer mucho tiempo a la luz del día.

— ¿Y luego? —inquirió Betty levantándose. Tenía ojeras que enturbiaban ligeramente su belleza. Manolita la seguía dócilmente.

— Volver a intentar salir de estos contornos. Todavía hay suficiente gasolina en el *jeep*.

Bebieron agua y comieron tortas de maíz que Manolita sacó de su bolsa. Hans agradeció en silencio la precaución de la muchacha.

— No saldremos hasta el atardecer —dijo Hans mirando fijamente las ruinas del pueblo—. Voy a bajar a echar un vistazo.

— Ahí no queda nadie con vida —protestó Andrés.

— Es posible. Pero quiero asegurarme.

— Yo iré contigo — dijo Betty cogiendo uno de los rifles.

Hans estuvo a punto de protestar, pero se dijo que no sabía si la chica estaría más segura con él o dejándola en aquel promontorio en donde habían pasado la noche y ocultado el *jeep*.

La tomó de la mano y la ayudó a bajar.

— Tengan cuidado —escucharon decir a Andrés. Entraron en el pueblo por una calle lateral, cerca de donde aún humeaba el almacén de Spencer.

— No debiste haber venido — dijo Hans —. Lo que veremos no será agradable.

— Pasé un año como enfermera en Vietnam. No te preocupes por mí.

Hans decidió no responder que él también había estado allí y había visto muchos horrores, muchas formas de morir, pero no pudo reprimir su asco al ver el cuerpo de Ringo despedazado por las garras gigantescas de aquellas ratas.

Había cadáveres esparcidos por todas partes, como si hubieran caído alcanzados por balas explosivas. Algunos habían ardido dentro de las casas y tenían aferradas las armas con las que se habían defendido. Más allá descubrieron unos coches que ardieron con sus ocupantes.

No tuvieron que adentrarse demasiado en lo que había sido la calle principal para convencerse que allí no había supervivientes.

— Es inútil —dijo Hans abatiendo los hombros. Betty llamó su atención. Debajo de unas maderas a medio quemar había el cuerpo de un múrido. Al parecer algunos vecinos habían tenido tiempo de acabar con varios asaltantes. Descubrieron otro múrido unos metros más allá.

— Seguramente se retiraron deprisa y no tuvieron tiempo de llevarse todos los cadáveres —dijo Hans, mirando con aprensión a su alrededor —. Esto puede indicar que esos monstruos volverán para borrar todo vestigio de su existencia.

— ¿Por qué se retiraron anoche tan pronto? —musitó Betty.

— Qué sé yo. Tal vez temieron ser descubiertos… Hans calló. No quiso añadir que los múridos detectaron su coche acercarse al pueblo y temieron que se tratase de fuerzas armadas. Las ratas que cortaron la carretera y que más tarde vieron sobre las rocas, a lo largo del camino, podían haber informado que ellos se acercaban. Pero debían saber que sólo eran cuatro. No podían haber sentido temor hacia ellos. Sin embargo, se marcharon.

— Vámonos de aquí —dijo Hans tomando a Betty de la mano.

Corrieron por entre las ruinas de los autos aparcados delante del calcinado almacén de Spencer. Al dar la vuelta a las ruinas se quedaron atónitos.

Delante suyo había más de una docena de ratas, erguidas sobre sus patas traseras, sosteniendo extrañas armas y con un singular personaje

al frente. Un gigantesco múrido, tocado de una capa escarlata y un cinturón de .oro, adelantado unos pasos del grupo, parecía conferirse autoridad.

Betty se llevó las manos a la boca para sofocar un grito y Hans la protegió con su cuerpo al tiempo que movía la palanca del «Winchester», apuntando a la rata más cercana.

El múrido alzó uno de sus brazos y, ante la sorpresa de los humanos, dijo en inglés, con nasal entonación:

— Quietos. No es nuestra intención mataros. Pero mis súbditos os darán muerte si no arrojáis las armas al suelo.

Hubo un movimiento entre las ratas, que movieron sus armas hacia la pareja.

Hans quiso tragar saliva y halló su garganta terriblemente seca. Comprendió que Betty estaba demasiado aterrorizada para usar su rifle. Además, eran demasiados contra ellos. Alzó la mirada hasta la altura detrás de la cual se ocultaban Andrés y Manolita.

El múrido se volvió ligeramente, siguiendo la dirección de la mirada de Hans. Resueltamente avanzó unos pasos y dijo:

— Tus amigos están en nuestro poder. Vivos, si te tranquiliza saberlo. No arriesgues sus vidas tampoco si no te importa la tuya y la de esa mujer. En realidad sois vosotros los que nos interesan.

— ¿Nosotros? —logró preguntar Hans.

— Sí. Os tenemos vigilados desde que anoche regresasteis aquí. Los servidores que envié a cortaras la huida tenían órdenes de cogeros vivos a ser posible. La verdad es que atacamos con más libertad este núcleo urbano cuando supimos que no estabais.

Los múridos habían estado moviéndose, formando un círculo que encerró a la pareja. Hans había comprendido que defenderse hubiera supuesto una locura y dejó caer su rifle. Luego tomó el de Betty de las flácidas manos de la chica y lo arrojó sobre el suyo.

— ¿Por qué tantas molestias con nosotros? — inquirió Hans.

— Hemos accedido a los deseos de nuestro humano.

Con esto pretendemos darle una muestra de nuestro deseo para hacer

una estrecha y fructífera colaboración entre él y nuestra causa.

— ¿Quién es ese humano? El múrido señaló a Betty.

— El y ella parecen haber sido paridos por la misma madre. Es su hermano, como definís.

Hans estrechó a Betty, que estalló en entrecortados sollozos. De la altura que les había servido de refugio durante la noche descendió, flotando a unos metros del suelo, un plano vehículo. Sobre él vio a varios múridos, y entre ellos, a Andrés y Manolita.

— Me llamo Telgun —dijo el múrido de la capa roja—. Os conduciremos a vuestros futuros habitáculos. Debéis agradecerle al humano llamado Henry Grenier, por su buena cordura, el que ahora estéis con vida.

El vehículo aéreo se posó a una docena de metros de ellos, silencioso. Una escalerilla descendió hasta tocar el suelo y Telgun la señaló, en silencioso gesto para que subieran.

* * *

Había permanecido en silencio y quieto mirando las efusiones entre los dos hermanos. Al cabo, Telgun dijo:

— Ahora os dejo, humanos. Como veis estaréis aquí bastante cómodos. Se os traerá comida regularmente.

— ¿Cuándo terminaremos dentro de vuestras sucias barrigas, rata? —inquirió Hans escupiendo a dos palmos de Telgun.

— Por el momento tenemos resuelta nuestra alimentación. Estoy demasiado ocupado para perder el tiempo explicándoos cosas. Pero, recordad que mis soldados no tendrán piedad con vosotros si intentáis escapar o desobedecer sus instrucciones.

Henry se apartó de su hermana. Preguntó al múrido:

— ¿Cuánto tiempo ha de pasar aún para que me entreviste con el Profeta?

— Eso lo decidirá él.

Telgun salió de la habitación. La puerta de acero se cerró detrás de él con estrépito.

Grenier acarició las mejillas de Manolita y la consoló durante un rato, ante la mirada impaciente de Hans.

— Déjelos ahora —le dijo Betty —. Reconozco que mi hermano ha perdido el seso por esa chica.

— ¿Le molesta?

Betty se encogió de hombros.

— Ahora que la conozco un poco admito que no. Es muy agradable. ¿Qué habrá sido de sus hermanos?

Henry escuchó la pregunta de Betty. Dejó a Manolita sentada en una de las camas y se acercó a ellos, con las manos metidas en los bolsillos de su sucio pantalón.

La habitación era amplia. Disponían de seis camas, una mesa y varias sillas. En un rincón había un retrete cubierto por una cortina. De vez en cuando Henry se agachaba para rascarse el tobillo que durante tantas semanas había soportado el grillete.

— Sentaos —dijo. Cuando estuvieron alrededor de la mesa, incluido Andrés, añadió—: Siento no poder ofreceros una copa. Sólo tengo agua —miró la habitación y comentó—: Comparado con mi anterior cuarto esto es un palacio. Espero que más adelante nos den más habitaciones.

— ¿Más adelante? —replicó Hans reprochando a Telgun que le hubiera despojado de sus cigarrillos y encendedor—. ¿Es que está usted conformado con pasarse aquí el resto de su vida?

— Tuteame, sheriff — sonrió Henry amargamente—. Sí, me temo que vamos a tener que soportarnos. Si esos bichos van cubriendo todas las etapas de sus planes me temo que los veremos por el resto de nuestras vidas.

— Vamos, Henry, comienza a explicarnos qué demonios es todo esto. ¿Fueron estos animales los que exterminaron la expedición?

Henry asintió. Apoyó los codos sobre la mesa y entornó los ojos.

— Eso fue hace años. Los mataron porque descubrieron su existencia.

Por el mismo motivo han exterminado a todos los habitantes de Mesitas, excepto vosotros. Os dejaron vivir porque yo puse esa condición.

— ¿Por qué te dejaron imponer les condiciones? — inquirió Betty mirando a su hermano como si se tratase de un extraño.

— Por acceder a convertirme en su colaborador ahora y su representante ante los humanos, una vez sometidos, el día de mañana.

* * *

—¿Bromeas?

— Ojalá estuviera bromeando — suspiró Henry —. Es verdad. Me he comprometido con esas ratas a ayudarles a conquistar la tierra, a reducir a la Humanidad a un montón de esclavos bajo sus órdenes.

— En Mesitas vivían más de trescientas personas, sin contar los granjeros de los alrededores. Incluso asesinaron horriblemente a Ringo. Hasta allí llegaron —escupió Hans.

— Lo sé. Lo he visto todo.

— ¿Cómo lo has visto? ¿Acaso te dejaron salir de aquí?

— No. Me llevaron a un sitio donde tenían unos televisores. Debían funcionar mediante infrarrojos porque de noche se veía como si fuera de día. Usan unos satélites secretos que siempre están dispuestos a controlar toda el área oeste de los Estados Unidos. Telgun os siguió cuando salisteis de Mesitas. A vista, de pájaro os seguimos por la carretera al regresar y luego os estuvimos vigilando toda la noche mientras dormíais. Al amanecer, al bajar Betty y Hans a las ruinas del pueblo descubrí que estaba Manolita y pedí a Telgún que también respetase la vida de ella y de Andrés. No sé cómo pude convencerle. Tal vez porque le aseguré que no le serviría de nada si no tenía compañía, porque terminaría volviéndome loco.

— Yo creo que ya lo estás — replicó agriamente Hans.

— ¿Qué podía hacer? Telgun me ha estado intentando convencer durante muchos días para que accediese a ayudarle. Cuando me enteré

que iban a matar a todos los humanos de los alrededores me decidí a responderle afirmativamente a sus propuestas.

Hans hizo unos gestos en silencio, preguntando a Henry si él creía que los múridos habían dispuesto micrófonos en la habitación para registrar sus conversaciones.

— No lo creo. Aunque son unos seres extraordinarios, sus mentes no disponen del sentido de la desconfianza que nos caracteriza. Ellos son simples. Todavía no los conozco bien. Telgun es inteligente. Además de hablar inglés casi correctamente se expresa en otra lengua que no pertenece a la Tierra. Siempre la usa para hablar a sus súbditos, como él los llama. Hay otra rata llamada Munco, que es el segundo en el mando de este mundo subterráneo. No parece llevarse muy bien con Telgun últimamente. Creo que le tiene un poco de envidia porque Telgun es el único que por el momento, además de escuchar, ve al Profeta.

— ¿Quién es ese profeta?

— Al parecer, un enviado de un dios llamado Traoll, el todopoderoso dios de las ratas. El Profeta dice haber venido de las profundidades del espacio y del tiempo para redimir a las ratas de la Tierra del mísero estadio en que se ven sumidas a causa de los humanos. Telgun afirma que el Profeta le ha dicho que la presencia de los humanos en la Tierra ha sido debida a un accidente, por lo cual el lógico proceso evolutivo de las ratas ha sido detenido por motivos artificiales. De todas formas, según la creencia de los múridos, ellos terminarán siendo algún día los dueños de la Tierra, cuando los humanos terminen de convertirla en un lodazal, infecto y contaminado. Pero no están dispuestos a esperar tanto tiempo. Al menos, no lo está el Profeta. Por eso, según me han dado a entender y he deducido, por la gracia de Traoll las ratas de la Tierra, pequeñas y salvajes, están siendo convertidas en seres gigantescos y dotados de inteligencia.

CAPÍTULO VIII

Dos múridos habían entrado, dejando sobre la mesa una fuente repleta de una especie de papilla espesa y varios platos. Se marcharon sin pronunciar palabra y apenas dirigir más de una mirada curiosa a los

humanos.

Henry sacó unas botellas de agua de debajo de la cama donde había estado descansado Manolita. También mostró, ufano, unas cucharas de acero.

— Las vi hace unos días. Pertenecieron a la expedición que primero descubrió a los múridos.

Hans miraba con recelo la papilla y Henry se apresuró a explicarle:

— Puedes comerla. Han tardado, pero al final han encontrado la fórmula, a base de frutas y tubérculos, para que no nos muramos de inanición. Telgun me ha asegurado que este compuesto está equilibrado para nuestro metabolismo.

Y se llenó su plato hasta el borde. Comió con apetito, ante las miradas dudosas de los demás. El siguiente en empezar a comer fue Andrés. Luego le siguieron Hans y Manolita. Betty se limitó a probar la comida y apenas engullir tres cucharadas.

Hans volvió a echar de menos el cigarrillo. Admitió que la papilla no había sido demasiado repugnante, pero que si seguían muchos días con la misma dieta iba a terminar comiéndose el cuero de las botas.

— ¿Cuántas ratas crees que son? — preguntó Hans.

— No lo sé exactamente — dijo Henry recogiendo los platos y echándolos en un barreño con agua. Manolita acudió a su lado y comenzó a fregarlos. La chica casi empujó a Henry para que la dejara trabajar.

— De todas formas las pretensiones de Telgun de apoderarse de la Tierra es absolutamente inverosímil.

— ¿Por qué? — sonrió Henry.

— Aunque ellos sean millones han tenido la mala ocurrencia de afincarse aquí, en los Estados Unidos, el país más poderoso de la Tierra.

— ¿Es que crees que no lo sabían cuando empezaron? Lo hicieron así porque estimaron que les convenía a sus propósitos. Por ahora no son más de un millón y... — ¿Un millón? — exclamó Hans —. Eso es imposible.

No cabe un millón en unas grutas.

— Los múridos sólo aprovecharon parte de las grutas naturales. Luego hicieron cientos de kilómetros de corredores y salas.

— ¿De dónde sacan tanta comida, diariamente, en un desierto como éste?

— Disponen de cultivos hidropónicos. Pero no creas que diariamente se alimentan más de un millón. Apenas están en actividad unos cientos. No más de mil.

— ¿Qué pasa con el resto?

— Duermen. Más de un millón de múridos, una vez preparados, están alojados en grandes cámaras, en lo más profundo. Una especie de animación suspendida, dispuestos a ser despertados en cualquier momento y unos minutos más tarde cada uno en su lugar de combate o administrando una sección de defensa o ataque. Y cada día que pasan son más, crece su número. Al principio capturaban todas las ratas del desierto. Lo hacían de noche, con unos sistemas desconocidos para mi de detección. Pero cuando el filón se les fue agotando empezaron a fecundar las crías artificialmente, y en este estudio están ahora.

— De todas formas tú serás un anciano cuando te coronen virrey de la Tierra, hombre de paja del imperio múrido — sonrió socarrón Hans.

Henry torció el gesto y respondió muy serio.

— Por desgracia no pasará tanto tiempo, amigo.

Ellos no llevan más de un par de lustros trabajando, y considera que los primeros años apenas fueron fructuosos. Ahora están acelerando cada día más. Me temo que antes de dos o tres años sean terriblemente fuertes.

— Eso no puede ser cierto, Henry — dijo Hans moviendo la cabeza.

— Pues lo siento porque si lo es. Extrañamente, sólo conozco dos ratas que estén en el mismo nivel intelectual que nosotros: Telgun y Munco. La gran mayoría no dejan de ser unos peones simples, con una instrucción que sólo les permite obedecer y realizar trabajos no muy complicados, manualmente sencillos,

— Entonces, ¿de dónde obtienen las armas, las naves voladoras, los

satélites que les sirven para observarnos y todo lo demás?

— Se lo proporciona el Profeta con la bendición de Traoll.

— Déjate de tonterías — barbotó Hans.

— Sí, así es. Todavía no lo sé con certeza, pero de alguna forma, cada cierto período de tiempo, aparecen más armas, extraños artilugios, ataúdes para conservar en animación suspendida a los múridos que son acondicionados, etc.

— Todavía no sé lo que has querido decir al referirte a la adaptación de los múridos.

— Telgun, Munco y todos los demás eran simples y vulgares ratas terrestres apenas hace unos años. Por alguna circunstancia sólo dos de ellos tienen un elevado coeficiente de inteligencia. Tal vez no les interese que el gran resto no sea otra cosa que soldados fieles. Pero es cierto, Hans. El Profeta dispone de algún medio para hacer crecer a las ratas, agrandarles el cerebro e injertarles algo que las hace inteligentes. Digamos que es un acelerador y evolutivo. Telgun así lo mencionó una vez de pasada y debe tener razón.

— Sigo sin poder admitir que dispongan de tanto material, de una fuente de energía tan fabulosa que les permita desarrollar tanto trabajo, mantener en funcionamiento las bóvedas donde yacen cientos de miles de múridos…

— Pues la obtienen —Henry señaló hacia arriba con el dedo—. Tal vez, efectivamente, el Profeta proceda de las estrellas, como afirma.

— ¿Por qué esa manía de querer rodearlo todo de un halo de religiosidad?

— El Profeta tiene que trabajar con mentes primitivas. Y lo sobrenatural siempre ha tenido aceptación total entre los pueblos salvajes…

Escucharon la puerta abrirse y un múrido apareció en el dintel. Sus grandes ojos negros echaron un vistazo a la habitación y luego señaló a Hans y a Henry, indicándoles con un ademán que les siguiera.

Betty y Manolita empezaron a moverse asustadas, pero Henry las contuvo con una sonrisa, asegurando:

— No temáis. No nos harán daño. Seguramente el gran jefe Telgun

quiere vernos, lo cual debemos considerar como un alto honor.

En el corredor les esperaban seis ratas más, con sus armas en ristre. Les hicieron colocar en el centro y las que estaban detrás empujaron a los humanos para que empezaran a caminar.

Hans había tenido poca ocasión de percatarse de aquel mundo subterráneo cuando le introdujeron por una vulgar caverna pocas horas antes en compañía de Manolita, Betty y Andrés. Telgun preceda la comitiva por unos pasillos estrechos y en los cuales apenas se veía rastro de trabajo manual. Descendieron cientos de escalones de piedra y apenas si cruzaron por unos túneles mal alumbrados hasta que les hizo entrar en la estancia donde Henry les recibió con una sonrisa.

Ahora les conducían por otro camino. Los corredores eran más espaciosos y su iluminación más potente. A cada rato se cruzaban con pelotones de múridos cargados de objetos inidentificables que pasaban por su lado dirigiéndoles miradas huidizas. Al parecer tenían órdenes estrictas de no mostrar curiosidad ante la presencia de los humanos.

Hans experimentó su primera sorpresa cuando las ratas le obligaron a descender por el pozo. Henry le tranquilizó.

— No temas. Es su ascensor rápido —dijo cogiéndole del brazo.

Unos treinta metros más abajo les hicieron salir a otro pasillo. Allí vieron varios múridos montando guardia delante de una puerta grande de acero, de dos hojas.

— Efectivamente, el líder Telgun nos concede entrevista.

Entraron en una habitación decorada sobriamente.

Lo más destacado de ella era el enorme cristal opaco que ocupaba casi toda la pared del fondo.

Telgun estaba allí, así como otro múrido que arrastraba una larga capa azul. De su cinturón pendía una larga pistola, de casi treinta centímetros de cañón delgado. Miró a los humanos de reojo.

— Quiero hablaros, humanos —dijo Telgun tomando asiento detrás de la mesa. No les invitó a sentarse en los otros taburetes y Hans se percató que tampoco el otro múrido parecía tener la suficiente categoría para acomodarse en presencia de Telgun—. Acabo de recibir instrucciones del Profeta. Inicialmente él está dispuesto a teneros a todos como huéspedes. Estimo que tú, Henry, has tenido tiempo

sobrado para poner al corriente a tus amigos de lo que esperamos de ti. Sinceramente, vosotros podéis formar el embrión de lo que podíamos considerar como el selecto grupo de humanos que formarán puente entre Traoll y su Profeta con los humanos cuando éstos admitan la superioridad de la raza múrida.

Hans iba a responder violentamente y Henry le golpeó en el tobillo con el pie, demandando silencio.

— Debo confesar que precisamos la colaboración de elementos humanos para conseguir una victoria más rápida y eficaz. No podemos comprender plenamente el significado de todos los medios de expresión y sistemas defensivos y administrativos humanos. Somos conscientes que nos sería difícil mantener dominada la población superviviente de la Tierra sin la ayuda de humanos dispuestos a servirnos.

Hans empezó a sonreír levemente. Le agradaba que el múrido reconociera que existían dificultades. Pero Telgun le fulminó con la mirada, como si hubiera captado sus pensamientos.

— Pretendemos con eso no tener que exterminar hasta el último humano sobre la faz de este planeta, de nuestro planeta —barbotó Telgun golpeando la mesa—. Tenemos un vasto programa por delante, mucho trabajo que realizar. Nos será imprescindible una abundante mano de obra para seguir explotando los recursos de la Tierra. El Profeta tiene en mente ambiciosos proyectos a corto plazo.

»Por supuesto, aquellos humanos que estén dispuestos a colaborar disfrutarán de muchos beneficios. Los fieles a la raza múrida serán dotados de armas para dominar a los revoltosos y tendrán carta blanca a la hora de aplicar la justicia que nosotros impongamos. Mientras cumplan con nuestras órdenes podrán hacer y deshacer a su antojo, siempre que la planificación se lleve a cabo en los plazos previstos y las entregas de material sean constantes, que nunca bajen del ritmo exigido.

»Los elegidos disfrutarán de un nivel de vida alto, siempre amparados por nuestra fuerza. En caso de que la población dominada se niegue a obedecerles o presente dificultades actuaremos nosotros y los rebeldes serán eliminados para que sirva de escarmiento. Los elegidos siempre gozarán de nuestra protección.

Hans había escuchado al jefe múrido en silencio. Por amarga experiencia sabía que a los múridos no les faltarían renegados capaces

de golpear a sus semejantes por disfrutar de placeres y lujos en medio de un mundo esclavizado.

Agitó la cabeza. Miró de soslayo a Grenier. Por el momento no sabía qué pensar respecto al hermano de Betty. Inicialmente había aceptado ser el primer colaborador. Tenía la esperanza que lo hubiera hecho por salvar a su hermana, y también a ellos. Pero con el transcurso del tiempo podía cambiar de opinión... o forzado a permanecer en su poco honroso papel para conservar la vida y otros privilegios.

Aspiró profundamente. Seguramente el jefe Telgun iba a preguntarle a él próximamente si también estaba dispuesto a servirle. Se dijo que por el momento tenía que fingir aceptar. Al menos él estaba decidido a aprovechar la primera oportunidad para escapar y poner al mundo en aviso contra el peligro que crecía en aquellos subterráneos.

Sonrió levemente, sintiéndose un poco en ridículo.

Con demasiada anticipación estaba considerando vencida a la Humanidad, esclavizada por aquellos monstruos. La Tierra, a pesar de sus divisiones políticas y territoriales era fuerte. Las naciones disponían de terribles armas y numerosos ejércitos. La victoria, en caso de lograr la, no podía ser sencilla para los múridos.

Pero, de todas formas, la guerra dejaría una estela densa de desolación en todo el mundo. Y el final de la contienda era imprevisible. Los múridos no pensaban por el momento desencadenar el ataque. También se preguntó si éste iba a ser convencional, tal como los altos estados mayores terrestres podían pensar. Los militares podían ser sorprendidos y las bombas nucleares apenas podían llegar a significar nada comparadas con los desconocidos medios que el Profeta o el dios llamado Traoll pudieran disponer.

Hans experimentó un dolor de cabeza y dejó de pensar en los problemas que se le podían presentar en el futuro. Así, cuando Telgun le preguntó si él estaba dispuesto a colaborar con ellos plenamente, respondió quedamente;

— Sí, desde luego.

— Sé que los humanos suelen mentir con mucha facilidad —Telgun esbozó una divertida sonrisa, lo que en sus facciones múridas era algo extraño—. Pero te advierto, Hans Riks, que a la primera sospecha de traición serás arrojado a los incineradores, junto con los experimentos fallidos del evolucionador.

Hans asintió en silencio.

— Bien. El Profeta espera mucho de vosotros. Incluso ha insinuado que os verá para haceros diversas preguntas. Será un honor para vosotros...

El otro múrido se revolvió como si le hubieran golpeado y espetó a Telgun:

— ¿Es que el Profeta va a dejarse ver ante esos humanos cuando yo aún no he gozado de su visión sublime? ¿Qué está pasando aquí? Nosotros no necesitamos ahora a ningún humano para reducir a la condición de animales salvajes a todos los seres que habitan en el exterior...

— ¡Silencio, Munco! —estalló furioso Telgun, incorporándose—. Es irreverente tu actitud. Podría castigarte.

— Sería el colmo. Ambos fuimos redimidos por Traoll al mismo tiempo, gozando de su favor. Sin embargo, sólo tú puedes ver a su Profeta. Yo me limito a recibir tus órdenes, aceptar lo que tú dices que él te ha transmitido...

— ¿Acaso dudas de la veracidad de mis órdenes? —gritó Telgun crispando los puños. Miró a los humanos y dijo a su segundo —: Será conveniente que te retires ahora mismo; ya pensaré sí eres merecedor de un correctivo.

Munco tembló de ira, tomó los pliegues de su capa y salió de la estancia cerrando con fuerza detrás de sí.

Por su parte, Telgun tardó unos segundos en serenarse. Estaba visiblemente irritado porque los humanos habían sido testigos de aquel enfrentamiento entre los dos máximos dirigentes del mundo subterráneo.

— Seguiremos más tarde —consiguió articular en inglés después de lanzar unas frases en un idioma desconocido para los humanos—. Olvidad lo que habéis visto y oído. Por el momento quiero un informe respecto a estos cuestionarios. Os lo pediré mañana.

Telgun indicó una carpeta. Henry la abrió y vio papeles escritos y lápices. En el fondo había un montón de cuartillas en blanco.

— Quiero respuestas ajustadas a la verdad — recordó Telgun indicándoles la salida.

* * *

Hans seguía echando de menos los cigarrillos. Sentía los nervios a flor de piel. Y mucho más después de leer los requerimientos de Telgun.

— Demonios, Henry — dijo Hans pasándose la mano por la frente —. Ese ratón Mickey gigante, sencillamente, nos pide una relación exacta del potencial de nuestros ejércitos, de sus instalaciones, armas y todo lo demás. Incluso quieren saber la posible reacción del pueblo.

Henry se llevó el índice a los labios y luego señaló a Andrés que dormía en una cama apartada y a las dos chicas, que habían unido dos y acostadas muy cerca.

— Ya me he dado cuenta — replicó Henry en susurros —. Tal vez Telgun esté sometiéndonos a alguna clase de pruebas.

— ¿Cómo piensas contestar al cuestionario?

— Con la verdad. No podemos correr riesgos — sonrió Henry —. Si obtenemos una alta nota es posible que nos ganemos como premio ser recibidos por el Profeta.

— ¿Tanta importancia tiene eso a cambio de información vital?

— Confío que sí —le empujó un lápiz y añadió:

— Vamos, empieza. Esto tiene que estar listo al amanecer.

— Sí — gruñó Hans —. Antes que nos sirvan el desayuno.

Y comenzó a escribir rabiosamente.

CAPÍTULO IX

Después de aquel informe siguieron otros muchos.

Hans y Henry contestaban hasta donde podían sus conocimientos. Grenier era quien, por su condición de universitario y científico solucionaba la mayor parte de los cuestionarios.

— Esta gente está acelerando el trabajo, Hans —dijo Grenier un día. Era por la tarde y sabía esto por el reloj, pues hacia ya más de un mes que no veían la luz del sol.

Los múridos habíanles dado dos habitaciones más y ampliado las comodidades. La comida mejoró e incluso les instalaron una especie de televisor cúbico que Telgun usaba para comunicarse con ellos cuando no tenía tiempo para trasladarse hasta los habitáculos de los humanos.

Hacía dos semanas que Telgun les había permitido ver por el televisor algunas emisiones de Salk Lake en las que dieron extensa información del extraño suceso ocurrido en Mesitas. Las autoridades habían descubierto la destrucción del pueblo dos días después del suceso. Nadie pudo explicar lo ocurrido y se hicieron mil cábalas. Por unos días Mesitas fue el tema principal en la TV y Prensa de los Estados Unidos y muchos países del mundo. Pero al final, como todas las cosas, fue dejando de tener interés.

Se terminó por limpiar el terreno y nadie se preocupó por Mesitas. Seguramente en Washington seguirían intentando desentrañar el misterio, pero de forma secreta. Por supuesto, los múridos habían retirado previamente los cadáveres olvidados de sus congéneres, por lo que los investigadores ni por asomo podían pensar que a pocas millas, en el desierto, estaba la clave del misterio. Los cuerpos despedazados y carbonizados fueron investigados hasta la saciedad antes de darles sepultura. Se especuló con alimañas, bandas procedentes de sur, locura colectiva, etc.

Cuando el asunto de Mesitas dejó de tener interés para los ávidos lectores y espectadores de TV, Hans comprendió que los múridos se habían salido con la suya.

— Algún día lo pagarán —masculló el sheriff. No había prestado atención al comentario de Henry—. Yo estaba deseando salir de aquel poblacho inmundo, pero apreciaba a muchos de sus habitantes: Eran buena gente, sencilla. Me pregunto qué habrá pasado con Mario y Joaquín Ortega.

Henry se encogió de hombros. Aprovechando que Manolita estaba en la otra habitación con Betty, respondió:

— Seguramente los múridos dieron buena cuenta de ellos el mismo día que volvieron al desierto en busca de su hermano.

Telgun había reconocido estar satisfecho con la buena disposición de los humanos. Un día les mostró buena parte de las instalaciones subterráneas. Incluso les permitió echar un vistazo a las bóvedas donde cientos de millones de múridos esperaban el momento de ser despertados.

Como vieran en varios sitios algunas estatuas representando un gran múrido con las manos alzadas, Henry inquirió qué significaban.

— Es Traoll, nuestro dios —replicó Telgun—. Algún día él vendrá a reconocer nuestra labor. Si le satisface lo que vea nos llevará a las estrellas para cumplir la misión para la que nosotros, los múridos, hemos sido creados.

En una galeria vieron trabajar a varias docenas de múridos afanosamente. Munco estaba dirigiendo los trabajos y parecía muy excitado, apremiando a los obreros en su lengua extraña.

Telgun se interesó por lo que estaba allí pasando y los humanos pudieron enterarse porque Munco respondió en inglés:

— Siempre dije que no debíamos dirigir hacia allí las perforaciones; este terreno no sirve. Nos hemos topado con un río subterráneo.

— ¿Hay peligro? —preguntó Telgun observando las defensas que se estaban levantando.

— No, ya no. Pero estamos en los niveles altos. Ya te puedes imaginar lo que pasaría si esto fallase... El río corre apenas a unos treinta metros de la superficie, que desde donde prácticamente comienzan, hacia abajo, nuestras instalaciones.

Telgun les indicó que le siguiesen y Hans lo hizo intentando fijar en su mente aquel lugar. Luego, en las habitaciones, comenzó a trazar un plano. Sintió sobre su cogote la respiración de Henry.

— ¿Qué piensas hacer con eso? —preguntó Grenier.

— No sé si nos servirá algún día. Pero al menos me servirá para sentirme menos sucio, demostrarme a mí mismo que no existe colaboración por mi parte con esas bestias.

Betty había entrado procedente del otro dormitorio, se acercó a Hans

y le besó. Se fijó en los dibujos.

— Si pudiéramos volarlo... — musitó después que Hans le explicase lo que habían visto en aquella galería.

Hans no dejó de pensar en el río subterráneo. No se atrevió a preguntar a ningún múrido si ellos conocían su caudal, temeroso de levantar sospechas. De todas formas de poco iba a servirle mientras continuasen siendo prisioneros. No podían salir de las habitaciones excepto cuando Telgun o Munco llegaba requiriendo su presencia para dar les algún trabajo de información. Y siempre eran varios múridos armados los que estaban en el pasillo, vigilándoles.

Andrés seguía taciturno y poco hablador. Cuando Grenier le preguntó si le ocurría algo, el mexicano respondió:

— Ustedes están haciendo algo para ellos, para esos animales. Yo no les sirvo para nada. ¿Por qué me conservan con vida?

Hans se atragantó y no supo qué responder. Consultó con Grenier y éste creyó estar en posesión de la verdad.

— Es posible que no quieran irritamos ahora que les estemos ayudando. Para ellos, Andrés puede ser nuestro criado o amigo y lo mismo les da tener aquí a cuatro humanos que cinco.

— Sin embargo, Munco no está del todo de acuerdo con nuestra presencia aquí —replicó Hans.

— Oh, claro que no. Yo también me he dado cuenta.

Estoy seguro que si de Munco dependiera ya nos habrían cortado el cuello.

La puerta se abrió y Telgun entró muy excitado.

— Vamos, daos prisa. El Profeta quiere veros. Habían estado esperando durante tanto tiempo aquella invitación que no pudieron reprimir un estremecimiento, que no pudieron calificar si se trataba de miedo o ansiedad.

* * *

Por anteriores referencias de Telgun, Grenier y Riks habían llegado a la conclusión que las milagrosas apariciones del llamado Profeta se producían por medio de una transmisión de imagen de increíble perfección.

Telgun les condujo a través de los subterráneos a toda prisa, escoltados por una docena de múridos armados hasta los dientes. La actividad en todos los niveles era superior a los días anteriores y los humanos pensaron que algo extraordinario estaba pasando.

Fueron introducidos en una estancia, de unos quince por veinte metros, de alto techo acristalado, brillante. No había ningún mobiliario excepto un cilindro de metal opaco, de un metro de diámetro por tres de alto.

Henry y Grenier estaban observándolo cuando se volvieron y apenas tuvieron tiempo de escuchar cerrarse la puerta por la que habían entrado. Telgun los había dejado solos.

El sheriff anduvo unos pasos temiendo que en cualquier momento la estancia fuese inundada por algún gas letal. Grenier le miraba y comprendía los temores de su amigo.

Entonces el cubo brilló intensamente, hasta convertirse en una materia traslúcida. Los humanos retrocedieron hasta que sus espaldas tropezaron con la pared.

En el interior del cubo comenzó a formarse una figura de casi dos metros de alta. La luz dejó de brillar en su interior y un múrido surgió del interior, atravesando limpiamente las paredes y totalmente transparentes.

Los dos terrestres observaron detenidamente al personaje, estudiando, sobre todo, sus facciones ratoniles. Aquel ser tenía algo que lo hacía diferente a todos los múridos del subterráneo, incluyendo a Telgun v Munco. Exhalaba inteligencia, sabiduría. Era un múrido evolucionado a lo largo de milenios, no procesado violentamente, transformado de una vulgar y pequeña rata en un ser con cierta inteligencia y tamaño semejante a un hombre.

— No temáis, humanos —dijo el múrido deteniéndose a dos metros del cilindro, el cual había recobrado su solidez opaca.

— Me figuro que tú eres el llamado Profeta —dijo Grenier después de deglutir.

— Así es. El Profeta, en persona. Por segunda vez he descendido hasta la Tierra desde mi observatorio orbital.

— ¿Sólo para vernos a nosotros? —inquirió Hans recobrando su aplomo.

El Profeta emitió una verdadera sonrisa.

— No sois tan importantes. Pero debo reconocer que con vuestra ayuda me habéis proporcionado una gran alegría.

— ¿Nosotros a ti?

— Sí. Vuestros informes han sido muy importantes.

Gracias a ellos no tendremos que esperar tanto tiempo para apoderarnos de la Tierra.

Hans y Henry se miraron estupefactos. No podían comprender. Las respuestas a los cuestionarios habían sido auténticas, pero siempre habían procurado dar cifras inexactas y respuestas amplias. La mayoría de las veces fueron imprecisas.

El *sheriff* miró al Profeta con el ceño arrugado. ¿Acaso aquel múrido tenía un elevado sentido del humor y precisamente había solicitado su presencia para anunciarles su castigo por su escasa colaboración?

— Según los planes previstos, hasta dentro de varios años no dispondría de un ejército de múridos lo suficientemente numeroso y disciplinado para conquistar este planeta palmo a palmo. Mi error fue considerar que los humanos de la Tierra poseían el mismo grado de sociabilidad que los rills. No es así y me congratulo por ello. Gracias a vuestras informaciones, humanos, he comprendido mucho de vuestra forma de ser, de los odios raciales y las rencillas entre las múltiples naciones de este mundo.

»Será sencillísimo, actuando en la sombra, como estamos dispuestos a hacer, que la guerra, cientos de guerras estallen en toda la superficie de la Tierra. Ya habéis visto cómo apenas han dado importancia a la destrucción de un pequeño núcleo urbano, aunque no hayan podido comprender cómo ha sucedido. La vida aquí vale poco.

— ¿Quieres decir que vais a provocar una tercera guerra mundial?

— Exactamente. Será un juego enfrentar a las dos grandes potencias en pocos días. Rusos y americanos se temen los unos a los otros. Su

lucha por conquistar el satélite, hasta el momento una deportiva competición, será utilizada por mí para enfrentarlos. Luego seguirán otras naciones. El uso de las armas atómicas dejará este planeta casi inhabitable, pero las extensiones de terreno que queden libres serán suficientes para mí. Entonces haría surgir de aquí mis ejércitos que apenas en contrarían resistencia.

— ¿Y todo eso gracias a nuestra estupidez? — gritó Grenier.

El múrido le miró sorprendido ante la violenta reacción.

— ¿Qué ocurre?

— Maldito asesino — aulló Henry abalanzándose contra el múrido.

Hans vio que el Profeta extraía un arma corta y empezaba a apuntar con ella a Grenier que corría hacia él. El *sheriff* se arrojó contra las piernas de Henry, derribándole.

Pero Henry parecía enloquecido. Se deshizo de los brazos de Hans y saltó de nuevo contra el múrido.

La pistola de éste escupió una luz verde que envolvió a Henry en una nube del mismo color, haciéndole gritar de dolor durante unos segundos, hasta que cayó al suelo, encogido y temblando.

— No está muerto —dijo el múrido al ver que Hans corría hacia el caído—. Pero merece morir.

En aquel momento la puerta se abrió y varios múridos, con Telgun al frente, entraron corriendo. Se detuvieron, al ver la imponente figura del Profeta junto al cilindro. Sus correajes de oro brillaban y todos empezaron a arrodillarse.

Telgun recibió la mirada colérica del Profeta, que le dijo:

— No has elegido bien a quien tenía que representarnos en la Tierra, ante los humanos, cuando nosotros seamos los dueños, Telgun —señaló a Henry—. Ese humano es inestable. Intentó agredirme.

Hans respiró aliviado al notar que Henry vivía aún.

Miró a Telgun, quien arrodillado tenia la mirada clavada en el suelo, humillado por las palabras del Profeta.

— Llevaos al humano llamado Henry Grenier. Hans Riks ocupará desde ahora su lugar. Ya decidiré más adelante cuál será el castigo de

quien intentó dañarme. Que Telgun se quede aquí. También Munco.

Telgun reaccionó y ordenó a sus súbditos que condujesen a los humanos de vuelta a sus habitaciones. Mientras Hans se cargaba a la espalda el cuerpo inanimado de Henry, vio entrar a Munco. Todavía, antes de alejarse, escuchó decir al Profeta:

— Estoy muy contrariado. Hoy he decidido vivir con vosotros, no enviaros más mi imagen a través de los cristales milagrosos. Sin embargo, Telgun ha cometido demasiados fallos y quiero...

No pudo escuchar más porque los múridos le empujaban con violencia, alejándole de la puerta por la que salía la tonante voz del Profeta.

* * *

— ¿Qué crees que le harán? — preguntó Betty mirando desolada el cuerpo desmayado de su hermano, acostado en una de las camas.

Hans movió la cabeza.

— No lo sé. Ese bicho que se hace llamar Profeta me llamará de un momento a otro. No sé si conseguiré calmarle. Lo dejé muy irritado.

Manolita había estado pasando un paño húmedo por la frente de Grenier. Alzó la mirada y observó con rencor a Hans.

— Debiste haber dejado que Henry matara a esa fiera.

— No tenia la menor oportunidad de hacerlo —rezongó Hans—. Le estaba apuntando con esa arma. Celebremos que aún siga con vida.

— ¿Por cuanto tiempo? — le espetó Manolita.

Hans se levantó enfurecido, retirándose al otro extremo de la habitación. Se sentó al lado de la mesa donde estaba el cubo transmisor. Lo miró sin interés. Aquel trasto servía para que Telgun les diese órdenes. Pensó en Telgun. Tampoco lo iba a pasar bien el líder. Munco, al fin, iba a conseguir desplazarlo del primer puesto en aquel subterráneo.

La mano de Hans recorrió la fría superficie del cubo.

Se detuvo al llegar hasta el pequeño dispositivo que servía para captar imagen cuando hablaba con Telgun.

Lo levantó. Sabía que era independiente del cubo. A un lado tenía un diminuto botón que lo activaba. Si los diversos cubos distribuidos en todo el subterráneo no estaban recibiendo imágenes y sonidos procedentes del emisor principal, sabía que podía enviar mensajes hasta el último rincón y...

Lo guardó en el bolsillo, justo a tiempo que se abriera la puerta y Telgun entrase caminando lentamente, arrastrando los pies.

Hans comprendió que las cosas se presentaban agoreramente para el líder.

— Te espero fuera, Hans. El Profeta quiere volverte a ver. Te aconsejo que no seas tan loco como tu compañero. Incluso creo que está agradecido porque luchaste por él.

— ¿Qué será de él? — preguntó Hans en voz baja señalando a Henry.

— No lo sé. Creo que te lo dirá a ti. Ahora Munco es el jefe.

— ¿Debo sentirlo? — preguntó Hans irónicamente.

— Creo que sí. Ya sabes que Munco no es partidario de colaborar con los humanos. Te recomiendo ahora más prudencia que nunca.

Telgun salió y entornó la puerta. Hans hizo una seña a Andrés para que se acercara. Le puso la mano en el hombro y susurró:

— Procura reanimar a Henry. Debéis estar todos preparados.

— ¿Para qué?

— No lo sé. Pero quiero que estéis dispuestos a salir corriendo de aquí apenas me veáis aparecer.

— ¿Qué intenta hacer, señor Riks?

Hans hizo saltar en la palma de su mano el dispositivo de comunicación. Sonrió y dijo:

— Ojalá lo supiese yo exactamente. Betty conserva el plano donde está la galería cercana al río subterráneo. Yo me sé el camino de memoria. Hasta luego.

Salió aprovechando que las dos chicas estaban demasiado ocupadas con Henry. Fuera, dijo a Telgun:

— Supongo que tú estarás presente en esta entrevista, ¿no? El ver en persona al Profeta ya no es ningún tabú.

Telgun movió su enorme cabeza negativamente.

— No. Estoy en desgracia. Apenas te deje ante el Profeta debo retirarme a mi habitáculo y esperar allí lo que decidan sobre mí. Y Munco no desperdiciará esta oportunidad para terminar de desprestigiarme.

Sólo cuando se aproximaron a la entrada de la estancia donde le esperaba el Profeta, Hans dijo en voz queda a Telgun:

— Entonces no dejes de observar un tubo transmisor. Se apresuró a entrar para no dar tiempo a Telgun a formularle alguna pregunta.

CAPÍTULO X

El Profeta estaba de espaldas a la puerta cuando Hans entró. Conversaba en voz baja con Munco, quien le miró de soslayo por un momento para seguir luego escuchando atentamente las instrucciones.

Hans deslizó por la pernera de sus pantalones el dispositivo receptor. Luego, con el pie, lo colocó de forma que captara el mayor campo visual posible de la estancia. De todas formas, el sonido sería recibido.

Munco se retiró del Profeta, caminando hacia atrás e inclinado. Al pasar junto a Hans se enderezó, le miró torvamente y salió.

Habían quedado, solos, El Profeta y Hans. El terrestre se preguntó si aquella rata gigante estaba tan segura de él o de sus poderes personales para reducirle como para correr el riesgo de quedarse sin guardaespaldas.

— Munco sigue insistiendo en que no necesitamos para nada tu colaboración, Hans Riks —dijo el Profeta tomando asiento en un sillón que debían haber colocado recientemente junto al cilindro.

— Es su opinión. Telgun pensaba todo lo contrario.

— No nombres a Telgun. Le soporté demasiados equívocos. Desde este instante Munco será el jefe.

Hans sintió deseos de preguntar qué iba a pasarle a Telgun. Pero desistió porque pensó que el múrido, de alguna forma, le estaba agradecido por su anterior intervención, deteniendo el ciego ataque de Henry Grenier.

— A ti, Hans, quiero confirmarte como nuestro más cercano colaborador desde ahora. Por supuesto, en un futuro muy próximo tendrás a todos los millones de humanos que logren sobrevivir de la guerra que provocaremos en breve plazo.

— ¿Muy pronto?

— Apenas quedan unos días terrestres —El Profeta torció su hocico en una sonrisa que a Hans le heló la sangre. Se preguntó cuánto tiempo podría resistir impávido la presencia repulsiva de aquel ser—. Por el momento no quiero hacerte desprender de ninguno de los humanos que te acompañan, hombres y mujeres. Estoy de acuerdo con Telgun cuando dejó a tantos con vida. El afirmaba que no vivís bien estando solos. Pero ahora pasemos a otros asuntos más importantes. Como muestra de mi buena disposición hacia ti te permito hacerme algunas preguntas. Quiero que nos vayamos conociendo mejor.

Hans se humedeció los labios.

— La curiosidad humana es innata en todos los hombres, Profeta —dijo—. Tú no eres de la Tierra. ¿De dónde vienes?

— Mi mundo de origen no puede ser detectado por vuestros burdos telescopios, humano. Está en otra galaxia, a millones de años luz, lejos de aquí en el tiempo y el espacio. Mi planeta se llama Attol y tenemos como vecinos a unos humanos que odiamos llamados rills.

— ¿Por qué te has rodeado de este halo de divinidad?

— Pura conveniencia. Todo cuanto ves lo he logrado yo solo, con mi técnica y mis aparatos. Pero el tiempo es mi peor enemigo. Por apresurarme no puedo disponer los cerebros de los múridos a mis órdenes en un grado más elevado. Para hacerles mis más fieles súbditos apelé a mi representación profética, haciéndoles creer en un dios llamado Traoll, quien no es sino mi maestro.

— ¿Él te envió aquí?

— No. Traoll fue desterrado de mi mundo, o lo será porque, te repito, mi presente está en un futuro muy distante, porque quiso que nuestra raza, la attolita, fuese la dueña de nuestra galaxia, que de una vez destruyese a los humanos rills.

»Pero Traoll, seguiré hablando en tiempo pasado, dejó a muchos seguidores. Varios de ellos intentaron una vez rescatarlo, pero fracasaron. Los renegados attolitas, por conservar la vergonzante paz con Rill, lo volvieron a reducir y enviar de nuevo al espacio, porque nuestras leyes prohíben la muerte de un semejante. Sé que otros colegas míos están investigando denodadamente por averiguar el paradero de nuestro líder, mientras que yo estoy intentando formar el futuro ejército liberador de mi raza.

— ¿Por qué en la Tierra?

— Porque es un planeta donde viven casi tantos millones de ratas como de seres humanos, aunque todavía en atrasadísimo estado evolutivo, nos servirán como soldados fanáticos, que solo pensarán en su dios Traoll y el alto destino que éste les depara. Cuando conquistemos la Tierra destinaremos todos nuestros esfuerzos, con la colaboración de millones de esclavos humanos, a construir la más formidable flota de combate nunca conocida en la historia. Aniquilaremos Rill y derrocaremos el gobierno pacifista de Attol. Tal vez entonces ya hayamos encontrado a nuestro maestro, para ofrecerle su sueño realizado.

— Comprendo —asintió Hans. Hubiera deseado que Henry estuviera escuchando aquella historia—. Luego, todas las ratas terrestres, evolucionadas, recibirán su recompensa, al menos los supervivientes, por haber luchado por la gloria de Traoll y sus seguidores.

— No digas estupideces, humano. Las ratas terrestres están aún muy lejos de alcanzar nuestro nivel intelectual. Sólo están siendo preparadas para guerrear, para tripular navíos y armas destructivas. Apenas consigamos nuestros objetivos, los millones de múridos de la Tierra serán olvidados. ¿Para qué los necesitamos? Es posible que los devolvamos a la Tierra, sin armas, a que se dediquen a exterminar a los esclavos humanos que aún vivan... o sean destruidos por éstos. Eso no nos importará lo más mínimo.

— ¿Esto lo sabe Munco? — preguntó Hans.

— Por supuesto que no, Hans Riks. Y será tu muerte si se atreves a

revelarlo. Así te tendré a prueba y siempre estarás dándome garantías de tu fidelidad. Pero no temas, porque te alegrarás por ello. Aunque saqueemos la Tierra, extraigamos de sus entrañas hasta el último puñado de hierro y uranio, aún quedará bastante para que ti, si eres inteligente, seas su amo mientras vivas... u otro humano te mate para ocupar tu envidiable puesto.

Aquel condenado múrido, pensó Hans, tenía un endiablado sentido del humor. Estaba deseando que la audiencia diese su fin para regresar junto con sus compañeros. Tal vez saliese de allí con alguna libertad, de pasear por los subterráneos por ejemplo. Tenían que intentar escapar cuanto antes, dar la voz de alarma al mundo antes que fuese demasiado tarde. Sin embargo, quedaba tan poco tiempo...

El Profeta siguió hablando acerca de su venerado maestro Traoll, el cual debía estar desterrado en algún punto del inmenso universo, pero tras el cual otros acólitos seguían su pista.

El múrido se detuvo cuando al otro lado de la puerta se produjeron secos estampidos y ésta se abrió violentamente. Telgun entró con un rifle entre las manos, vertiendo sangre por una profunda herida a la altura de su estrecho hombro.

— Maldito falso Profeta —gruñó Telgun mirando con enrojecidos ojos, al Profeta que se estaba incorporando en aquel instante totalmente perplejo—. Daré cuenta de ti como lo he hecho con Munco...

— Retírate, Telgun. Ordené a Munco que te encerrase.

— Munco está reventado. Lo maté apenas entró en mi habitáculo, cuando estaba escuchando y viendo cómo decías al terrestre que sólo nos querías para conducirnos a la muerte, a la guerra.

Telgun seguía perdiendo sangre y, por unos segundos, vaciló. El Profeta aprovechó aquel instante para descender del sillón y correr hacia el cilindro, que comenzó a tornarse traslúcido.

— ¡Telgun! —gritó Hans—. Quiere transferirse de nuevo a la nave que está orbitando la Tierra.

El líder del subterráneo hincó una rodilla en el suelo y levantó el rifle. De la diminuta boca del arma surgió un trazo purpúreo que convirtió al Profeta en una bola de fuego, envolviendo sus gritos de dolor al ser achicharrado.

Hans apartó de aquella visión la mirada, desviándola hacia Telgun.

Entonces contempló horrorizado la contraída cara del herido.

— No temas, humano —dijo entrecortadamente Telgun—. Ya ha habido demasiadas muertes. Además —añadió amargamente—, ¿para qué hacemos falta los múridos? Algo debió fallar en mi proceso de evolución, sin duda. Cuando escuché a ese farsante no solamente me sentí múrido, sino también un ser de la Tierra. Yo, todos nosotros, no somos sino unos intrusos en este planeta. Nuestra hora no ha llegado aún. Es posible que algún día os desplacemos, cuando vuestra raza haya escapado a las estrellas o esté tan degenerada que no sea capaz de impedimos tomar vuestro lugar. Pero ese momento aún está muy lejos.

El *sheriff* se le acercó y ayudó a levantarse.

— No podía tolerar que ese farsante se saliese con la suya. No son nuestros problemas los suyos. ¿Por qué teníamos que morir por ese falso dios? El precio a pagar iba a ser muy caro: el saqueo total de este mundo, de mi mundo también. Vamos.

Se dirigieron a la salida. En el pasillo estaban esparcidos los cadáveres calcinados de varios múridos que habían estado montando guardia. Hans recogió un rifle y dejó que Telgun le explicase cómo funcionaba.

— Has sido muy inteligente haciéndome ver y oír vuestra conversación, humano. Aunque el Profeta estaba muy seguro, ahora dudo que hubiéramos sido capaces de adueñamos de este planeta. Los humanos tienen miles de años de evolución, de experiencia.

— ¿Qué vamos hacer? — preguntó Hans mirando con recelo el corredor por el que caminaban.

— Debes salir de aquí, avisar a los tuyos para que destruyan todo esto... —Telgun era cada vez más pesado al caminar y Hans hacía grandes esfuerzos por sostenerle derecho.

— No me iré sin mis compañeros.

— Condenado humano —gruñó Telgun—. Sois incomprensibles. Está bien. A unos cincuenta metros de vuestros habitáculos hay un túnel elevador que conduce directamente a los niveles superiores. Cerca del túnel que vimos hace unos días, existe una salida al exterior. Apenas hallarás vigilancia porque todavía no está en uso y los trabajos terminaron ayer.

— Te llevaré conmigo al exterior...

Escucharon pisadas presurosas, procedentes de la estancia donde estaba el cuerpo del Profeta.

— ¿Estás loco? ¿Crees que vaya permitir ir a tu civilización y convertirme en un animal para ser exhibido? Vamos, vete y haz lo que te digo. Los tuyos podrán acabar con esto con sus bombas nucleares...

Telgun se deshizo de los brazos de Hans y se dejó caer de rodillas, amartillando su arma y dirigiéndola hacia el tropel de pisadas.

Hans sintió un nudo en la garganta. Alzó la mano en señal de despedida y echó a correr pasillo adelante. Cuando se había alejado un centenar de metros escuchó el sordo sonido de los estampidos de fuego. Telgun le estaba cubriendo la retirada.

Cuando llegó al corredor donde estaban sus habitáculos, pudo sorprender a los dos múridos que montaban guardia y despacharlos con sendos disparos. Luego empujó la puerta y gritó:

— Vamos, no podemos perder un instante. Salgamos de aquí.

Suspiró aliviado al ver a Henry ya repuesto totalmente. Eludió su aluvión de preguntas y se colocó al frente del grupo con el arma dispuesta.

Sólo vieron unos grupos de lentos obreros múridos que huyeron ante la vista del arma y galoparon cuando Hans les hizo un disparo sin apenas apuntar.

El tubo antigravitatorio estaba donde Telgun le había dicho. Se dejaron llevar por los impulsos del aire y los niveles fueron pasando rápidos delante de ellos. Hans calculó la parada adecuada y salió por la puerta arrastrando a Betty de la mano. Recordó el lugar. Era el sitio donde se habían hecho reparaciones para contener el poderoso río subterráneo. Todavía quedaban unos metros para alcanzar la superficie.

Memorizó el plano y señaló un corredor lateral. Al fondo vieron unas escaleras de piedra que ascendían caracoleantes.

— Vamos, arriba —gritó Hans cogiendo a Betty por las caderas y colocándola en el primer peldaño.

Pasó Andrés y luego Manolita. Empero, Henry se detuvo a la altura de Hans, preguntándole:

— ¿Qué locura estás pensando?

— Tengo tiempo de hacer saltar el muro de contención del río.

— Quedarás atrapado...

— No lo creo.

— Eso no destruirá este mundo subterráneo.

— Yo pienso todo lo contrario. Inundará hasta el último rincón. Las instalaciones energéticas saltarán en pedazos con el contacto del agua y contaminarán todo esto. Los cientos de miles de múridos que yacen en las bóvedas dejarán de recibir la ayuda para que sus impulsos vitales dejen de latir. ¡Vamos, no hay tiempo que perder!

Henry abrió la boca para decir algo y Hans le empujó con la culata de acero del rifle.

Regresó corriendo al muro reparado. Titubeó unos instantes pensando cual sería el lugar más idóneo para disparar.

Se echó el rifle a la cara y rogó que aún dispusiese de suficiente energía para poder debilitar el contrafuerte.

Estuvo disparando sin levantar el dedo del gatillo durante cerca de un minuto. Las piedras saltaban del muro y pronto comenzó a observar las grietas que aumentaban en él.

El rifle dejó de funcionar, agotada su carga. Aunque el destrozo era grande apenas había conseguido que unos hilillos de agua resbalaran hasta el suelo del corredor.

Enfurecido, Hans arrojó el inútil rifle y corrió hacia la escalera. Apenas había rebasado el tercer peldaño cuando escuchó un enorme estrépito a sus espaldas, seguido del rugiente sonido del agua.

Trémulo, Hans empezó a. ascender rápidamente. Desde arriba gritaban su nombre, alentándole.

* * *

Salieron a la luz del sol por una pequeña gruta natural.

— Creí que no lo volvería a ver nunca más —dijo Hans cerrando los ojos, pero sintiéndose feliz al sentir sobre su piel los ardores del desierto.

Abrazó a Betty y, mientras descendían por la ladera, después que Henry se orientara, fue contando lo que había sucedido desde que el Profeta reclamara su presencia por última vez.

— Ahora nos queda un dilema —dijo Henry cuando Hans concluyó.

— ¿Cuál es?

— ¿Nos creerán?

Hans se encogió de hombros.

— No lo sé. Primero tendremos que salir de este desierto. No tenemos agua ni comida. Existe mucha distancia hasta Mesitas. Es posible que allí aún estén las autoridades intentando averiguar lo que sucedió.

— Y pensar que la tenemos en grandes cantidades aquí abajo —maldijo Andrés golpeando el seco suelo.

Siguieron caminando, sintiendo a cada instante con mayor intensidad el tormento de la sed.

— Referente a la posibilidad que nos crean, Hans —dijo Henry cuando se sentaron a la sombra de unas altas rocas—, siempre podremos decir que bajen a los subterráneos y lo comprueben.

Hans movió la cabeza dubitativamente.

— No sé. Es muy difícil regresar allá abajo, ahora que está todo inundado. Pero se puede intentar. Ahora tenemos que pensar en salir de este sitio.

Andrés se había alejado de ellos unos metros. Había dicho que tal vez encontrase el camino para llegar hasta el campamento que Greiner y él utilizaron. Cabía la posibilidad de que aún hubiese agua allí.

Vieron al mexicano subido a una roca, mirando el horizonte con la palma de su mano sobre los ojos.

De pronto empezó a dar saltos, quitarse la camisa y agitarla al aire. Luego, pegando saltos, corrió hacia ellos. Cuando estuvo a unos veinte metros pudieron escuchar sus gritos, entenderle.

—...Son los Ortega. Mario y Joaquín. Ya me han visto y vienen con el coche. ¡Estamos salvados!

Hans abrazó a Betty, soportando ambos la mirada comprensiva de Henry, quien atrajo hacia sí a Manolita y la besó.

— Bueno —dijo sonriente—. Creo que a esos dos Ortega tendré que pedirles tu mano, preciosa.

Andrés seguía pegando saltos, hasta que el coche con los dos hermanos descendió por el talud. Mario conducía, pero Joaquín movía los brazos como aspas, gritando alborozado, pronunciando el nombre de Manolita. Ambos estaban sucios y agotados, después de vagar tantos días por el desierto, sin perder la esperanza de encontrar primero a su hermano, y luego a Manolita.

Al acercarse, saltaron del vehículo y empezaron a abrazar a todos los fugados del mundo subterráneo.

— ¿Crees que ahora es el momento de decirles que quiero llevarme a Manolita a Nueva York? —preguntó Grenier a Hans aprovechando que los Ortega miraban y requetemiraban a Manolita para asegurarse que estaba ilesa.

Hans sonrió y, encogiéndose de hombros, dijo:

— Me temo que debes esperar un poco, pero yo aprovecharé ahora para informarte que Betty y yo nos marcharemos a Los Ángeles tan pronto podamos. Supongo que asistirás a nuestra boda.

Henry barbotó:

— Seguro, tan pronto como el gobierno nos deje en paz. ¿Sabes que estoy dudando si contarles la verdad?

— Bueno, lo pensaremos por el camino.

Y se dirigieron hacia el jeep.

FIN